

EL SANTO INQUERITO

Alfredo Días Gomes

Personajes

Blanca Días

Padre Bernardo

Augusto Coutinho

Simón Días

Visitador del Santo Oficio

Notario

Guardias

Curas

Época

1750

Acción

Estado de Paraíba

Primer Acto

El escenario contiene varios módulos, en diferentes planos. No constituyen propiamente un escenario, sino un dispositivo para la representación, que se completa en un retablo surreal con imágenes e iconografía religiosa. La oscuridad en el escenario y en la platea es total. Se escucha un cántico solemne que bordea el misterio y el suspenso. Se escuchan voces confusas, llantos, gritos que también crecen con los otros ruidos hasta llegar a un punto máximo de saturación, cuando cesa todo de súbito y se encienden las luces. Todos los personajes están en escena, formando parte del retablo; Blanca, el Padre Bernardo, Augusto Coutinho, Simón Días, el Visitador, el Notario y los guardias.

Padre Bernardo - *(Se dirige al público)* Estamos aquí reunidos, señores, para dar inicio al proceso...

Blanca Días - No. Todavía no, éste es mi proceso. *(Padre Bernardo calla y vuelve a su puesto. Blanca se dirige al público.)* Blanca Días, paraibana de nacimiento, descendiente de cristianos nuevos. Hija de Simón Días, vivo reflejo de la contradicción que envuelve a un ser humano oprimido sin vías de escape.

Simón Días - El hombre tiene la obligación de sobrevivir, a cualquier precio; después viene la dignidad.

Augusto Coutinho - Hay un mínimo de dignidad que el hombre no puede negociar. Ni aún a cambio de la libertad, ni aún a cambio del sol.

Blanca Días - Augusto Coutinho, el más justo y el mejor de todos los hombres. Conoce las leyes de Dios, pero también los derechos del hombre.

Visitador - Aquellos que invocan los derechos del hombre acaban negando los derechos de la fe y los derechos de Dios, olvidándose de que quienes traemos la verdad tenemos el deber sagrado de difundirla a todos, eliminando a aquellos que quieren subvertirla.

Padre Bernardo - Pues quienes tenemos el derecho de mandar tenemos también el derecho de castigar.

Blanca Días – El Visitador del Santo Oficio y el Padre Bernardo, excelsas figuras, símbolos del Poder que manipulan todo y a todos para lograr sus objetivos. Sé que no soy la primera ni la última incomprendida e injustamente culpada de crímenes que no cometí, sólo soy una víctima de la intolerancia y la incomunicación, males que aíslan cada día más a los seres humanos.

Se escucha nuevamente el cántico solemne, esta vez se confunde con un suspenso épico. La luz pierde intensidad. Los personajes convierten el espacio en el estrado donde se lleva a cabo el proceso. El cántico ha llegado a su clímax y cesa abruptamente a la par que las luces nos descubren la escena.

Padre Bernardo – Es muy fácil presentar a esta joven como un ángel de candor y a nosotros como a bestias sanguinarias. Nosotros que todo hicimos para salvarla, para arrancar el Demonio de su cuerpo. Y si no lo conseguimos, si ella no quiso separarse de Satanás, ¿tenemos o no el derecho de castigarla? ¿Debemos dejar que continúe propagando herejías, perturbando el orden público y sembrando el germen de la anarquía, minando las bases de la civilización cristiana? ¡No olvidemos que, si las herejías triunfaran, seríamos todos eliminados! ¡Todos! ¡Ellos no tendrían con nosotros la piedad que nos reclaman! Y es la piedad la que nos mueve a abrir este **inquérito** contra ella y a juzgarla. Presentaremos innumerables pruebas que tenemos contra la acusada. Pero una es evidente, está a la vista de todos: ¡ella está desnuda!

Se escuchan murmullos y susurros de sorpresa, no se distinguen palabras.

Blanca – (Baja hasta el primer plano) ¡No es verdad!

Padre Bernardo - ¡Desvergonzadamente desnuda!

Blanca - ¡Vean, señores, vean cómo no es verdad! Estoy con mis ropas, como todo el mundo. ¡Es él quien no las ve! Dios Mío, ¿qué he de hacer para que vean que estoy vestida?

El Padre sale horrorizado. Cambio de luz. Se escuchan sonidos nocturnos y el ruido del agua cuando alguien juega en ella.

Blanca –Es verdad que una vez – en una noche de mucho calor - fui a bañarme al río... y estaba desnuda. Pero fue una vez. Una vez nada más y nadie vio. ¿Será por eso que ellos dicen que ofendí gravemente a Dios? Dios y los santos tienen cosas más importantes en que ocuparse como para andar espiando a muchachas que toman baño a altas horas de la noche. *(Comienzan a entrar el Padre Bernardo, el Visitador y el Notario. Luces y sonidos toman un carácter acusador. Se convierte todo en un apesadilla.)* No, no es sólo por eso que ellos me persiguen y me torturan. No entiendo... Ellos nada dicen... ¡Solamente acusan, acusan! ¡Y hacen preguntas, tantas preguntas!

Visitador - ¿Come carne en días de precepto?

Blanca – No...

Padre Bernardo - ¿Mata gallinas con el cuchillo?

Blanca – No, torciéndoles el pescuezo.

Visitador - ¿Come tocino, liebre, conejo, pulpo, raya, aves ahogadas?

Blanca – Como...

Padre Bernardo - ¿Se baña los viernes?

Blanca – Todos los días...

Notario - ¿Y se adorna?

Blanca – También

Visitador - ¿Cuánto tiempo pasa adornándose?

Notario - ¿Cuánto tiempo?

Todos - ¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo?

Salen todos, excepto Blanca.

Blanca – No sé, no sé, no sé... Oh, mi cabeza... ¿Por qué me hacen todas esas preguntas, por qué me torturan? Yo soy una buena joven, cristiana, vivo en el temor a Dios. Mi padre me enseñó la doctrina y procuro seguirla. Pero creo que eso no es lo más importante. Lo más importante es que siento la presencia de Dios en todas aquellas cosas que me dan placer. *(Luces y sonidos complementan su parlamento)* En el viento que azota mis cabellos, cuando ando a caballo. En el agua del río, que me acaricia el cuerpo, cuando voy a bañarme. En el cuerpo de Augusto cuando roza el mío, como sin querer. Amar a Dios es amar las cosas que El hizo para nuestro placer. Es verdad que Dios también hizo cosas para nuestro sufrimiento. Pero fue para que también le temiésemos y aprendiésemos a valorar las cosas buenas. Todo esto que les estoy diciendo, es con la esperanza de que entiendan... *(Luces y sonidos complementan su parlamento)* Pero ellos, ellos no entienden... Van a decir que soy una hereje y que estoy poseída por el Demonio. ¡Y eso no es verdad! ¡No les den crédito! ¡Si el Demonio estuviese en mi cuerpo, no me habría dejado tirarme al río para salvar al Padre Bernardo, cuando la canoa se volteó con él!

Padre Bernardo – *(Fuera de escena, gritando)* ¡Socorro! ¡Aquí del rey!

Blanca sale corriendo. Luces y sonidos nos transportan a la fatídica mañana. Regresa, amparando al Padre Bernardo, que camina con dificultad, casi desfalleciendo. Ella lo trae hasta el primer plano y allí hace que se eche de espaldas. Se inclina sobre él y le hace ejercicios, moviendo sus brazos y piernas, como acostumbra hacerse con los ahogados. Viendo que no se reanima, pega los labios a su boca, aspirando y expirando, para llevar aire a sus pulmones.

Padre Bernardo – *(Todavía con los ojos cerrados, balbucea)* Jesús, ... Jesús, María, José...

Se va reanimando poco a poco. Abre los ojos y ve a Blanca, arrodillada a su lado.

Padre Bernardo – Gracias, Señor, gracias por haber atendido a mi apelo desesperado... No soy merecedor de tanta misericordia. *(Besa repetidas veces un crucifijo que trae en la mano)* Alma de Cristo, santificadme, Cuerpo de Cristo, salvadme; Sangre de Cristo, embriagadme...

Blanca – Sería mejor que rece usted después. Por el momento sería bueno que se ponga de bruces y que baje la cabeza para dejar salir todo el agua que se tragó.

Ayudado por ella, él se voltea de bruces y baja la cabeza. Ella presiona su nuca, para hacer salir el agua.

Blanca – Si no llego a tiempo, se bebía usted todo el río Paraíba...

Padre Bernardo – *(Se sienta, medio atontado aún)* ¿Y mi canoa?

Blanca - ¿La canoa? Siguió río abajo, volteada. ¿Había alguna cosa de valor?

Padre Bernardo – Tenía el cofre con las limosnas...

Blanca - ¿Mucho dinero?

Padre Bernardo – Bastante.

Blanca – Ahora debe estar al fondo del río.

Padre Bernardo – Solo conseguí agarrar el crucifijo; tenía que escoger, una cosa u otra...

Blanca – Fue una pena. Con el dinero, tal vez le alcanzaría para comprar dos crucifijos. Y quién sabe le iba a sobrar.

Padre Bernardo - ¡No digas eso, hija!

Blanca - ¿Por qué?

Padre Bernardo – Porque es el Cristo... No es algo que se compre. Si hubiese escogido el cofre con seguridad a esta hora estaría yo al fondo del río con él. Fue Jesús quien me salvó.

Blanca – *(Tímidamente)* Yo ayudé un poco...

Padre Bernardo – Ya lo sé. Fuiste el instrumento. No estoy siendo ingrato. Sé que arriesgaste la vida para salvarme.

Blanca – No tanto. El río aquí no es muy hondo ni la corriente tan fuerte. Cuando uno está acostumbrada...

Padre Bernardo - ¿Acostumbrada?...

Blanca – Vengo a bañarme aquí todos los días. Sé nadar y salvar a alguien que se está ahogando. Basta jalar de los cabellos. Con usted fue un poco difícil a causa de la tonsura*. Tuve que jalarle del hábito. Me cansé un poco, pero estoy contenta conmigo misma. Hoy va a ser un día muy feliz para mí.

Padre Bernardo – Dios te conserve esa alegría y te haga todos los días practicar una buena acción como la de hoy.

Blanca – No es fácil. Pienso que las buenas acciones sólo cuentan cuando no son calculadas. Y Dios no debe tomar en cuenta a aquellos que practican el bien nada más con la intención de agradarle. ¿Tengo o no tengo razón?

Padre Bernardo – Bueno...

Blanca – No fue queriendo agradar a Dios que me tiré al río para salvarle. Lo hice porque eso me dejaría satisfecha conmigo misma. Porque era un gesto de amor a mi semejante. Es a través del amor que nos encontramos con Dios. En el amor, el placer y en la alegría de vivir. *(Nota que el Padre se muestra un tanto perturbado con sus palabras).* ¿Estoy diciendo alguna tontería?

Padre – En el fondo, tal vez no. Pero tu manera de hablar... ¿Quién es tu confesor?

Blanca – No tengo confesor. Vivo aquí, en la Hacienda Vieja, que es de mi padre, Simón Días, que debe usted conocer de nombre. No voy mucho al pueblo.

Padre - ¿No vas a misa los domingos, al menos?

Blanca – No todos los domingos. Pero no piense que porque no voy diariamente a la iglesia no estoy con Dios todos los días. Hago sola mis oraciones, rezo todas las noches antes de dormir y nunca me olvido de agradecer a Dios todo lo que recibo de El.

Padre – Me gustaría discutir contigo estos asuntos. Hoy no, porque estamos ambos mojados y necesitamos cambiar de ropa.

Blanca – Vamos a mi casa, se quita usted el hábito y lo pongo a secar. Puedo darle ropa de mi padre, mientras espera usted.

Padre – *(La propuesta parece asumir para él aspectos de tentación)* No... eso no es correcto...

Blanca - ¿Por qué no?

Padre – Ya te dí mucho trabajo por hoy. Y necesito regresar cuanto antes al colegio.

Blanca - ¿Qué colegio?

Padre – El Colegio de los Jesuítas. Soy el Padre Bernardo.

Blanca - ¿Aceptan a muchachas allá?

Padre – No... solo muchachos, mozos.

Blanca - ¿Por qué nunca aceptan muchachas en los colegios?

Padre – Porque las jóvenes no necesitan estudiar.

Blanca - ¿Ni siquiera leer y escribir?

Padre – Eso se aprende en casa, cuando se quiere y los padres lo consienten.

Blanca – *(Con cierto orgullo)* Yo aprendí. Sé leer y escribir. Y Augusto dice que hago ambas cosas mejor que cualquier escribano de oficio.

Padre - ¿Quién es Augusto?

Blanca – Mi novio. Fue él quien me enseñó. Pero fue necesario que yo insistiese mucho y casi pelease con mi padre. Es tan bueno.

Padre - ¿Leer?

Blanca – Sí. ¿Sabe cuales son las cosas que más me divierten? Leer historias y observar las procesiones de las hormigas. *(El Padre ríe)*. En serio. Tanto en los libros como en las hormigas descubre uno el mundo. *(Ríe)* Cuando era chiquilla, conocía todos los hormigueros de la hacienda. El capataz echaba veneno en la entrada de los huecos y yo salía de noche, limpiando todo. Después iba a dormirme, satisfecha por haber salvado millares de vidas.

El Padre estornuda.

Blanca – Oh, pero si usted está con esa ropa mojada sobre el cuerpo y yo aquí contando historias. Discúlpeme...

Padre – No tengo por qué disculparte, debo más bien agradecerte. Me gustaría mucho quedarme aquí escuchando tus historias. Todas, todas las historias que tengas para contarme.

Blanca – Pues venga usted, venga a visitarnos allá en la hacienda. Yo me llamo Blanca.

Besa la mano que él le extiende.

Padre – Blanca... eres uno de los tesoros del Señor. Necesito cuidarte. *(Sale. Cánticos sublimes que se confunden con acordes de suspenso)*.

Blanca – *(Observa la salida del Padre, envanecida con sus últimas palabras. Después baja hasta la boca del escenario, dirigiéndose a la platea. Luces y sonidos nos llevan nuevamente al estrado)*. Sí, dijo eso. Dijo que yo era uno de los tesoros del Señor y que necesitaba cuidarme. No es que fuese yo tan vanidosa como para creerle. Pero él se dio cuenta de que era yo una buena joven y que el Demonio no estaba entre mis relaciones. *(Entra Augusto.)* Mucho menos podía estar en mi

cuerpo, pues está probado que Satanás cuando ve una cruz corre lejos; El tenía un crucifijo y debía saber eso. (*A Augusto. Cambia la luz. Sonidos de campo.*) Tanto así que volvió, algunos días después.

Augusto – ¿Regresó?

Blanca – Esta tarde. Le pedí que se quedase un poco más para que te conociera. Pero tenía hora para llegar al Colegio. Los jesuitas se someten a una disciplina muy rigurosa. Parecen militares.

Augusto – Y nadie menos militar que Cristo. Si El regresase a la tierra e ingresase a la Compañía de Jesús, se extrañaría mucho.

Se sientan a alguna distancia uno del otro, como en los noviazgos antiguos.

Blanca – Qué pena, quería que tú lo conocieras. Es un buen padre. (*Se ríe*) Si lo hubiese visto tragando agua y gritando: “¡Aquí del rey!” Que Dios me perdone pero después me dieron unas ganas de reírme.

Augusto – Padre Bernardo... me parece que ya escuché hablar de él. Era padre adjunto del Visitador del Santo Oficio, en Pernambuco, cuando Pedro da Rocha fue condenado.

Blanca - ¿Condenado, por qué?

Augusto – Por trabajar los domingos y negar la virginidad de Nuestra Señora. Destierro por dos años fue la pena; teniendo antes que andar por todo Recife con cadenas y cepo, expuesto a la maldición pública.

Blanca – Ya me acuerdo. Fue el año pasado. Pero era un hereje peligroso. Le disparó con arcabuz al oficial del Santo Oficio, cuando lo fueron a arrestar.

Augusto – Estoy de acuerdo con el destierro, pero no con la humillación. Pedro da Rocha es un hereje, pero es también un hombre. Merecía ser castigado, muerto, pero con respeto. Yo estaba en Recife y lo vi pasar, con el cepo al pescuezo, despachado como un perro, entre insultos y pedradas de una multitud que reía e incentivaba la violencia. Y nunca

olvidaré su mirada. Parecía decir: “Esto que ven aquí, es un hombre. Un ser hecho a semejanza de Dios”.

Blanca – Pero él debía tener culpa. Mucha culpa. Si el Padre Bernardo lo juzgó. Si el Santo Oficio lo condenó. El Padre Bernardo tiene la mirada transparente de las personas de alma limpia. Y el Santo Oficio es misericordioso y justo.

Augusto – No es el Santo Oficio. Lo que sucede es que en su nombre, en nombre de la Iglesia, del mismo Dios, se cometen acciones que El jamás aprobaría. En nombre de un Dios misericordioso, se cometen venganzas torpes, en nombre de un Dios amoroso, se propagandiza el odio y la violencia. Los rosarios son usados para encubrir todo tipo de intereses que no son los de Dios, ni los de la fe.

Blanca – *(Lo mira con admiración y amor)* Tú eres el más justo y el mejor de todos los hombres, por eso que te indignas. Porque eres justo y bueno.

Augusto – Soy apenas cristiano. Y en este momento tal vez pueda decir, sin blasfemia, que soy más cristiano que Su Santidad, el Papa, porque tengo el corazón repleto de amor.

Toma la mano de ella y besa, ardientemente. Blanca cierra los ojos, su cuerpo parece invadido por un gozo infinito. De súbito, la luz cambia, se escucha el sonido del viento. Blanca se estremece, en una convulsión, jala la mano, rápidamente. Se levanta.

Augusto - ¿Qué pasó?

Blanca – Un escalofrío... la muerte pasó por aquí.

Augusto – No digas tonterías.

Blanca – Siento eso cada vez que me besas. Un escalofrío de muerte... ¿Por qué será que el amor da esa tristeza inmensa, ese deseo de morir? Debe haber un punto en el cual el amor y la muerte se confunden, como las aguas del río y del amor.

El roza sus labios en los cabellos de ella.

Blanca - ¿Qué haces?

Augusto – Me gusta aspirar el perfume de tus cabellos.

Blanca - ¿A qué huelen?

Augusto – A alfalfa mojada.

La luz cambia. Blanca baja hasta el primer plano, mientras Augusto y el Padre transforman la escena en la nave del templo. Augusto sale.

Blanca – Alfalfa mojada... ¿no creen ustedes que si estuviese poseída por el Demonio mis cabellos deberian oler a azufre? ¿No es una cosa lógica, una prueba de mi inocencia? Pero ellos no aceptan las cosas lógicas, las cosas simples y naturales. Solo aceptan el misterio.

La luz cambia. Cánticos sublimes. El Padre Bernardo entra y extiende la mano a Blanca.

Padre – Ven...

La toma de la mano y la lleva a recorrer todos los planos del escenario. Blanca pasea los ojos a su alrededor, como si contemplase las altas paredes de un templo.

Padre - ¿Entonces?

Blanca – No me siento bien.

Padre - ¿No te sientes bien en la Compañía de Jesús?

Blanca – Falta sol. Claridad. Dios es luz. ¿O no lo es?

Padre – Y también recogimiento. Necesitas habituarte a la sombra, al silencio y a la soledad. La soledad es necesaria para escuchar la voz de Dios. Fue en la soledad del Sinaí que Dios entregó a Moisés las tablas de

la Ley. Fue en la soledad de Palestina que Juan Bautista recibió la plenitud del Espíritu Santo.

Blanca - ¿Fue para eso que me trajo acá?

Padre - No. Quería que conocieras el colegio. Pero quería, principalmente, conocerte más a fondo.

Blanca - Ya le hice mi confesión, ya me conoce tanto como yo misma. Hasta más, porque le dije cosas que no tendría coraje de decirme a mí misma.

Padre - Lo sé y estoy tranquilo ahora, pues así podré protegerte y salvarte.

Blanca - ¿Salvarme?

Padre - Tú me extendiste la mano una vez y me salvaste la vida; ahora es mi turno de retribuirte con el mismo gesto.

Blanca - Pero si yo no estoy en peligro, padre.

Padre - Toda criatura humana está en constante peligro, Blanca. Acuérdate que Dios nos hizo de materia frágil y deformable. Nos moldeó en arcilla, la misma arcilla de la cual están hechos los cántaros, que siempre se parten alguna vez.

Blanca - *(Ríe)* Tengo un cántaro que mis abuelos trajeron de Portugal. Ha durado tres generaciones y hasta hoy no se ha partido.

Padre - Naturalmente porque siempre tuvo manos cuidadosas para lidiar con él y protegerlo. Quisiera que me permitieras protegerte y defenderte también, porque eres una criatura tan frágil y tan preciosa como ese cántaro.

Blanca - Se lo agradezco. Pero no creo que merezca tantos cuidados de su parte. Soy una criatura pequeña y débil, sí, pero no me siento rodeada de peligros y tentaciones.

Padre – La seguridad con que lo dices ya es en sí un peligro. La prueba de que ignoras las tentaciones que te rodean.

Blanca – Tal vez no las ignore sino que las acepte como algo natural.

Padre – Peor aún. Nadie puede aceptar el demonio como compañero de mesa.

Blanca – No dije eso.

Padre – Si aceptamos su existencia como algo natural, acabamos por admitirlo como compañero. Porque, no lo dudes, el diablo está a todo momento rondándonos los pasos, insinuándose e infiltrándose. Y son principalmente los ingenuos, los sin-malicia como tú, que él escoge como sus agentes. Es un error imaginar que Satanás prefiere a los malos, a los corruptos, a los ateos. Error. Satanás escoge a los buenos, a los inocentes, a los puros, porque ellos son muy útiles y libres de toda sospecha en la propagación de sus ideas. Fíjate como las grandes herejías surgen siempre de personas que pretenden salvar a la humanidad. Por eso, cuando encuentro a alguien que se juzga tan próximo de Dios al punto de sentirlo en su propia carne, en el aire que respira o en el agua que bebe, temo por esa criatura. Porque ella debe estar en la mira del diablo.

Blanca – Conmigo, el diablo va a perder tiempo y munición. Y va a acabar cansándose. Se lo aseguro.

Padre – El Diablo no se cansa nunca. Y no debemos correr de él, debemos enfrentarlos y obligarlo a huir de nosotros. Para el cristiano, Blanca, toda prueba, toda tentación, es un medio de santificación y la vida en la tierra vale tan sólo como precio para ganar el cielo.

Blanca – Pero si yo no quiero ser santa. Mis pretensiones son mucho más modestas. No es por la ambición que el cornudo va a agarrarme. Quiero vivir una vida común, como la de todas las mujeres. Casarme con el hombre que amo y darle todos los hijos que pueda.

Padre – *(No como acusación, sino tan sólo como anotación)*. Durante tu confesión, pronunciaste siete veces el nombre de ese hombre.

Blanca – *(Sorprendida)* ¿Las contó usted?

Padre – Las conté.

Blanca – Bueno... yo lo amo.

Padre – Mientras que el nombre de Dios lo pronunciaste solamente tres veces.

Blanca – No se debe invocar el nombre de Dios en vano.

Padre – Claro. Son apenas números.

Blanca - ¿Es importante eso?

Padre – No, no es importante. Pero no todo son números en tu confesión. Los tormentos de la carne, por ejemplo.

Blanca – No hablé de tormentos de la carne.

Padre – Pero confesaste que cierta noche dabas vueltas en la cama sin poder dormir...

Blanca – Por causa del calor. Mi cuerpo quemaba.

Padre – Y no pudiendo más, te levantaste y fuiste a sumergir tu cuerpo en el río, para calmarlo. Te sacaste la ropa y te bañaste desnuda.

Cambio de luces. Sonido de agua corriendo, risas femeninas, suspiros, gemidos de placer como en un sueño.

Blanca – Era noche de luna nueva. No había ningún peligro de ser vista. Ni siquiera podría haberse despertado alguien a esa hora.

Padre – Ahora responde, Blanca, acuérdate de que estás aún delante de tu confesor: ¿qué sentiste al sumergir tu cuerpo en el río?

Blanca - ¿Qué sentí? Bueno, me sentí mucho mejor...

Padre - ¿Sentiste placer?

Blanca – *(Duda un instante)* Sentí, sí, sentí placer.

Padre - ¿Y después, cuando volviste a tu lecho?

Blanca – Pude dormir por fin.

Padre - ¿Algún pensamiento pecaminoso te atravesó la mente en esa noche?

Blanca – Yo... no me acuerdo.

Padre - ¿No pensaste en tu novio aquella noche?

Blanca – Es posible. Pienso en él todas las noches, todos los días. Todo lo que sucede de bueno, pienso en compartirlo con él, todo lo que me sucede de malo, me parece que no sería tan malo si él estuviese a mi lado.

Padre - ¿Y él nunca te vio tomar baño en el río? Responde.

Blanca – Una vez... sí. *(Adivina los pensamientos del Padre, y reacciona prontamente)*. ¡Pero no fue aquella noche! ¡Lo juro por Dios, no fue!

Padre – *(Cierra los ojos, como si tratara de huir de todas aquellas visiones y sumergir en sí mismo. Los sonidos anteriores se mezclan con cánticos sublimes que se convierten en una marcha militar.)* Blanca... puedes irte. Necesito hacer mis oraciones.

Ella viene avanzando, de espaldas, los ojos fijos sobre él, quién parece en éxtasis. Luz sobre el Padre. Simón entra compone su casa.

Padre – *(Murmura)* Señor, ayudadme. Ella me necesita y yo debo protegerla. Ella tiene tan poca noción de las tentaciones que la rodean, que será una presa fácil para el Demonio, si no la guiamos por el camino que la llevará hasta vos. Dadme fuerzas, Señor, para cumplir esa tarea. Dadme fuerzas y defendedme también de cualquier tentación. Amén.

La luz cambia. El Padre sale. Blanca está en primer plano, en el cual surge Simón.

Simón – *(Muy preocupado)* ¿Qué es lo que él quiere, a fin de cuentas?

Blanca – Quiere protegerme, papá.

Simón – Y no sale de aquí, y hace tantas preguntas.

Blanca – El cree que estoy en peligro. Y como lo salvé de morir ahogado, también quiere salvarme. Lo curioso es que antes me sentía yo tan segura y ahora... Pero debe tener razón, tal vez yo no vea los peligros que me acechan. Si él ve, es porque de hecho existen, pues nadie puede saber las artimañas del cachudo mejor que un sacerdote, que tiene eso por oficio.

Simón – Pero nosotros no necesitamos de esa protección. Se lo dije a él la última vez. Quien nos protege es Dios, y nadie más.

La luz cambia. El Padre Bernardo surge. Blanca permanece en la sombra, durante el diálogo.

Padre – Eso no es verdad. La Virgen también nos protege y también los santos de la Iglesia. También el Papa y los sacerdotes. Hace falta tener cuidado con esas afirmaciones, Simón, porque frecuentemente las escuchamos en boca de los herejes. Que solo Dios protege, que sólo Dios es justo, que sólo a El debemos dar cuenta de nuestros actos.

Simón – Yo no dije eso, Padre.

Padre – Lo acabaré diciendo, si sigue por ese camino.

Simón – Mi camino es el de la fe cristiana, camino abrazado por mis antepasados.

Padre – No por todos sus antepasados. Sus abuelos no eran cristianos, seguían la ley mosaica.

Simón – Sí, pero mis padres se convirtieron.

Padre – Ya lo sé. Vinieron al Brasil a fines del siglo pasado.

Simón – Ya eran cristianos cuando aquí llegaron.

Padre – Cristianos nuevos. Llegaron pobres y pronto enriquecieron.

Simón – Honestamente.

Padre – Y aquí engendraron un hijo al que llamaron de Simón.

Simón – A quien bautizaron y confirmaron.

Padre – Y Simón engendró a Blanca, a quien también bautizó y confirmó. Y Blanca espera engendrar cuantos hijos pueda.

Simón – Está de novia. Augusto Coutinho, su novio, es también católico. De buena familia. Estudió en Europa.

Padre – En Lisboa.

Simón – Es muy inteligente y preparado. Conoce las leyes a fondo.

Padre – Conoce las leyes de los hombres, que no pueden sobreponerse a las leyes de Dios. Pero él piensa que sí.

Simón - ¿El piensa...?

Padre – Supe de ciertas actitudes de rebeldía de ese mozo.

Simón – Cosas de juventud. Quien nunca fue rebelde, nunca fue joven.

Padre – Me preocupa la influencia que ejerce sobre Blanca.

Simón – Es natural. Ella lo adora.

Padre – Dijo usted la frase exacta: ella lo adora.

Simón – Crecieron juntos, jugando a esconderse en el cañaveral. El viejo Coutinho también era hacendado. Buen hombre, muy respetuoso.

Después, Augusto fue a estudiar en Europa. Volvió hecho un hombre y dispuesto a casarse. Era de mi agrado y solo podía aprobarlo.

Padre - ¿Cuándo será?

Simón - En septiembre. Faltan solamente tres meses y ya encomendé el ajuar; vendrá todo de París. Me costó los ojos de la cara. (Sonríe). Es hija única, usted comprende. Esa alegría solo la tendré una vez en la vida. ¿Quién sabe si usted mismo no podría casarlos?

Padre - (*Le sorprende la idea*) ¿Yo?

Simón - Sí, Blanca se pondría muy contenta, teniendo por usted el respeto y la amistad que tiene.

Padre - (**Constrangido**) Será también una satisfacción para mí, si Blanca me concede ese honor.

La luz cambia. El Padre sale.

Simón - ¿No hice bien en convidarlo?

Blanca - Claro. Ya había pensado en eso. Debe haber quedado satisfecho.

Simón - Pienso que sí. No lo demostró mucho.

Blanca - Porque es tímido. Pero puede usted estar seguro de que le proporcionó una gran alegría.

Simón - ¿Tú crees?

Blanca - El es muy sensible a cualquier gesto de simpatía.

Simón - Menos mal.

Blanca - ¿Por qué? Parece usted preocupado. ¿Teme alguna cosa?

Simón - El temor es un legado de nuestra raza.

Blanca – Somos cristianos.

Simón – Cristianos nuevos, él lo enfatizó bien.

Blanca - ¿Qué es lo que tiene? Jesús nunca hizo distinciones entre los viejos y los nuevos discípulos.

Simón – Ellos no confían en nosotros, en nuestra sinceridad. Estamos siempre bajo sospecha.

Blanca – No es sospecha, papá, es que ellos tienen el deber de ser vigilantes. Es esa vigilancia la que nos protege y nos defiende.

Simón – Esa protección costó la vida a dos mil de los nuestros, en Lisboa, en una masacre que duró tres días.

Blanca - ¿Dos mil?

Simón – Sí, dos mil cristianos nuevos. Pocos consiguieron escapar, como tu abuelo, convertido a la fuerza y despojado de todos sus bienes.

Blanca - ¿Mi abuelo no era un cristiano converso?

Simón – El odio no convierte a nadie. Una cosa es un Dios que se teme, y otra un Dios que se ama. Y no hay nada más cercano al odio que el amor de los humildes por los poderosos, el culto de los oprimidos por los opresores.

La luz cambia, Simón sale. Blanca se sienta, pensativa. Las palabras del padre la perturbaron un poco. La inseguridad, cuyos gérmenes consiguiera el Padre Bernardo introducir en su espíritu, se acentúa. Augusto entra.

Augusto - ¿Por qué me mandaste a llamar con tanta urgencia?

Blanca – No lo sé... De hecho, no es urgente.

Augusto - ¿Sucedió algo?

Blanca – No... realmente no sucedió nada. No sé explicarlo. Pero de un momento a otro, me sentí tan sola, tan desamparada. Eso solo me sucedió una vez, cuando niña, alguien me dijo que la Tierra se movía en el espacio. No sé que sabio lo había descubierto. Hasta entonces, la Tierra me parecía tan sólida, tan firme... de repente, comencé a pensar en mí misma, una pobre niña, montada en un planeta loco, que corría por el cielo girando en vuelta de sí mismo, como un trompo. Y tuve miedo, por la primera vez en la vida. Una sensación de inseguridad me hizo pasar noches sin dormir, imaginando que durante el sueño podría rodar en el espacio como una estrella fugaz.

Augusto – (Sonríe) ¿Y qué quieres que haga? ¿Qué pare la Tierra, así como Josué paró el Sol?

Blanca – Y si Josué paró el Sol, es porque es el Sol quien se mueve y no la Tierra.

Augusto – Es lo que dicen las sagradas escrituras.

Blanca - ¿Y puede un texto sagrado mentir?

Augusto – Tal vez sea una cuestión de interpretación. Josué no paró el Sol, sino la Tierra. Estando sobre la Tierra, tuvo la impresión de que fue el Sol el que se detuvo. El sentido es figurado. De la misma manera que cuando nos alejamos del puerto, a bordo de un navío, tenemos la impresión de que es la tierra la que huye de nosotros.

Blanca – Todo es una cuestión de interpretación. Depende de la posición en que uno se encuentra. Esto me deja aún más intranquila.

Augusto - ¿Por qué?

Blanca – Si un texto de la Sagrada Escritura puede tener dos interpretaciones opuestas, entonces ¿qué en este mundo no estará sujeto a interpretaciones diferentes?

Augusto - ¿Por qué eso te preocupa?

Blanca – Porque nadie puede vivir así. *(Repentinamente, como para ponerlo a prueba)* ¿Sabías que ya junté mi boca a la boca de un hombre?

Augusto - ¿Qué hombre?

Blanca – El Padre Bernardo. El estaba sofocado, después de casi ahogarse, y tuve que juntar mi boca a la de él, para hacer llegar un poco de aire a sus pulmones. *(Encara al novio con coraje)* Nosotros nunca nos besamos en la boca y me ví obligada a besar a un extraño.

Augusto – *(Evidentemente chocado con la revelación)* ¿Por qué no me contaste eso antes?

Blanca – Porque hasta este momento no se me había ocurrido que mi gesto podría ser interpretado de otra manera.

Augusto - ¿Crees que era absolutamente necesario hacer lo que hiciste?

Blanca – Lo creo.

Augusto - ¿Se habría muerto si no lo hicieses?

Blanca - ¿Quién sabe? Tal vez no. Pero fue con la intención de salvarlo que lo hice. Solo con esa intención. Estoy diciéndote esto ahora para saber si crees en mí.

El no responde. Su perturbación es evidente.

Blanca - ¿En tu opinión continuó tan pura como antes?

Augusto – *(Pausa)* Preferiría que esto no hubiese sucedido.

Blanca – Entonces es porque no crees en la pureza de mi gesto.

Augusto – *(Rápido)* No, no...

Blanca – O porque tienes dudas.

Augusto – No tengo dudas. Pero a nadie le gustaría que la mujer a quien ama besase a otro hombre, incluso siendo este hombre un sacerdote y el beso apenas un gesto de humanidad. Acepto y comprendo la nobleza de tu gesto, pero me choca.

Blanca – Lo aceptas, pero no lo comprendes esa es la verdad. Sin embargo, no es esto lo que me preocupa. Sino saber que ahora ya no soy capaz de un gesto como ese. Si viera a un hombre muriéndose, con falta de aire, lo dejaría morir. No juntaría mi boca a la suya, no le daría el aire de mis pulmones, pues aquello podría tener otra interpretación.

Augusto – Blanca, yo sé que continúas tan pura como antes...

Blanca - ¿Sabías que el Diablo prefiere a los puros?

Augusto – Confío en ti, Blanca.

Blanca – No deberías. Mi padre me dijo que estamos siempre bajo sospecha. Yo misma te confesé hace unos instantes que ya me sentía capaz de negarle a un moribundo el aire de mis pulmones. Una persona que se siente capaz de algo así debería andar bajo vigilancia constante, porque no es alguien en quien pueda uno confiar.

Augusto – *(La sujeta de los brazos, como para hacerla volver en sí)* Blanca, no hables así. Estás siendo injusta contigo misma.

Blanca – No, no lo estoy. Es que comienzo a conocerme. Y estoy descubriendo cosas... Cosas que no descubrí ni siquiera en los libros que me diste. Tal vez el Padre Bernardo tenga razón...

Augusto – *(Con desagrado)* ¡Padre Bernardo!

Blanca – Sí, el Padre Bernardo debe tener razón, ¡toda criatura humana está en peligro!

Augusto - ¡Tú no, Blanca!

Blanca - ¡Sí, yo! ¿Yo sí! *(Se arroja a sus brazos y se hace pequeña, pidiendo protección)*. ¡Augusto, no podemos esperar hasta septiembre!

Augusto - ¿Por qué?

Blanca - No me preguntes, no lo sabría responder. Solo sé que el mundo, que me parecía tan simple, comienza a ponerse muy complicado para mí. Yo misma ya no me entiendo... en tus brazos me siento segura.

Augusto - En septiembre, estarás para siempre en mis brazos, para siempre...

Blanca - ¡No, no me dejes desamparada hasta entonces! ¡No puedo esperar tanto!

Augusto - ¿Crees que tu padre estaría de acuerdo? Mandó buscar tu ajuar en Europa...

Blanca - El ajuar llegaría después, eso no tiene importancia.

Augusto - Se va a resentir.

Blanca - Yo hablo con él, le explico... ¡Pero no puedo estar más tiempo en la mira del Diablo!

Augusto - *(En un gesto brusco, la jala hacia sí y la besa en la boca. Un beso violento, desesperado, que es interrumpido también bruscamente).* ¿Fue así que lo besaste?

Blanca - *(Con horror)* ¡No!

Augusto sale. Blanca queda a solas. Pensativa, se agacha y se pone a observar un camino de hormigas. Luz y sonido

Padre - *(Entra)* Blanca...

Blanca - *(Ya no muestra la misma espontaneidad delante de él)* Padre...

Padre - *(Más como una queja que como una censura)* Nunca más fuiste a misa, nunca más te confesaste, nunca más me buscaste, ¿por qué?

Blanca – *(Evasiva)* Por nada. He estado muy ocupada.

Padre - ¿Con tus hormigas?

Blanca – ¿No son también criaturas de Dios?

Padre – Son seres dañinos, que solamente destruyen, que sólo trabajan en su propio beneficio y cuya existencia no representa ningún bien, ninguna utilidad.

Blanca – Si Dios otorgó a las hormigas el beneficio de la vida, ellas tienen el derecho de conservarlo, ¿no cree? De la forma que Dios lo enseñó.

Padre – Ellas no saben distinguir entre el bien y el mal. Mientras que nosotros tenemos la obligación de hacerlo.

Blanca – No es tan fácil como yo juzgaba.

Padre – Ya me dí cuenta que tienes cierta dificultad. Por eso estoy aquí nuevamente.

Blanca – Nunca más fui a buscarlo, porque como ya le dije, he estado muy ocupada. Con mi casamiento.

Padre - ¿No es en septiembre?

Blanca – No, resolvimos adelantarlo.

Padre – No sabía de nada.

Blanca – Es cierto, deberíamos haber hablado con usted, que es quien va a officiar la ceremonia.

Padre – *(Hace una pausa un tanto larga, que traduce la actual dificultad de comunicación entre ellos).* ¿Existe alguna razón en especial que justifique la prisa?

Blanca – Usted lo dijo: nadie puede aceptar al Demonio como compañero de mesa. Estando casada, tendré a mi marido a la cabecera y el Demonio no osará sentarse a nuestro lado.

Padre – Tu marido tal vez lo convide...

Blanca – No lo creo. Conozco a Augusto y confío en él como confío en Dios.

El Padre se choca con la frase. Ella lo percibe.

Blanca - ¿Dije algo errado?

Padre – Lamentablemente.

Blanca – Perdóneme...

Padre – No es a mí a quien debes pedir perdón, es a El, de quien te alejas cada vez más.

Blanca – *(Protesta con vehemencia)* ¡No! ¡Eso no es cierto!

Padre – Al punto de colocarlo en pie de igualdad con un simple mortal. Mañana, lo colocarás en situación inferior; y finalmente, lo sustituirás por completo.

Blanca – No puede usted decir eso solo porque pronuncié una tontería.

Padre – No me olvidé de tu frase, al borde del río, cuando nos conocimos: “Es a través del amor que se encuentra uno con Dios”. Sí, pero no en ese tipo de amor que tú sientes por Augusto. Esto es lo que quiero que entiendas, Blanca. Su espíritu está lleno de confusiones.

Blanca – Es posible. Para mí, todo es amor. Y todo amor es prueba de la existencia de Dios.

Padre – En tal caso, estaría en comunión con Dios quien ama a un perro, o adora a una vaca. Y tanto daría adorar a un Dios verdadero como a un dios falso.

Blanca – Si somos sinceros en nuestros sentimientos – esto es lo que Dios debe considerar en primer lugar.

Padre – Pero los judíos y los moros también son sinceros en su ley y en su religión. ¿Crees acaso que ellos pueden salvarse como los cristianos?

Ella, atónita, sintiendo que cayó en una trampa, no sabe qué responder.

Padre – Responde, Blanca. ¿Los judíos y los moros pueden salvarse?

Blanca – No lo sé... Confieso que no lo sé...

Padre – *(La mira con inmensa ternura y piedad)* Pobre Blanca. Cómo necesitas quien te ayude.

Blanca – *(En tono de queja)* Pero usted no me ha ayudado en nada, Padre. Solo ha lanzado usted la duda en mi espíritu.

Padre – Esa duda es la lucha entre la luz y las tinieblas. Yo te traigo la luz, pero tú te resistes. Abandónate, Blanca, abandónate a mí y disiparé todas las dudas que te atormentan.

Blanca – No, padre, no.

Padre – *(Queda chocado con la negativa)* ¿Por qué te niegas?

Blanca – Preferiría que me dejase con mis dudas, con mis tonterías, con mis peligros y tentaciones. Sé que quiere usted salvarme, pero me salvaré yo sola.

Padre – ¿Y si no te salvas? Yo tendré la culpa.

Blanca – No.

Padre – Sí, porque te abandoné. Porque no cumplí con mi deber de sacerdote, ni siquiera con el más elemental deber de gratitud. No eres solo tú quien está en causa, Blanca. Yo, tu confesor, soy a la vez tu guía, tu maestro, tu consejero, tu amigo, tu hermano. Quisiera que vieras en

mí a todas esas personas y te confiaras a ellas, como se confía uno a un sólido puente sobre el abismo. Yo soy ese puente, Blanca, que puede transportarte de un lado a otro, en seguridad.

Blanca – *(Las palabras del Padre la hacen vacilar un poco)* Ya lo sé... yo también confío en usted.

Padre - ¿Confías de verdad?

Blanca – Confío. *(Consigue reaccionar)*. Pero no veo la necesidad de atravesar ningún puente, de cambiar de lado. Estoy bien donde estoy y creo que estamos del mismo lado.

Padre – *(Comienza a experimentar el sabor del propio fracaso)* No lo sé, Blanca, no lo sé... A veces temo que no estés solamente confusa, que no seas solamente inconciente de los peligros que corres. Que no sea por pura inocencia que te dejas tentar...

Blanca - ¿Cómo? ¡No entiendo!

Padre – Temo, sinceramente, que el Diablo ya haya avanzado demasiado...

Blanca - ¡Padre!

Padre – Temo por ti, como temo por mí, Blanca. ¡Créeme! *(Ella siente que él arrancó estas palabras de la propia carne, rompiendo barreras que hasta entonces habían resistido)*.

Blanca – *(Tímidamente)* ¿Se juzga usted también en peligro?

El no responde. Cierra los ojos, como si procurase recomponerse en lo íntimo. Por fin, avanza hacia ella y le pone la mano sobre la cabeza, deslizándola después, lentamente, por el rostro, como hacen los judíos para bendecir a los niños. Blanca se ríe.

Padre - ¿Por qué te reíste?

Blanca – Me hizo usted acordar a mi abuelo. Cuando era yo pequeña, él acostumbraba poner la mano sobre mi cabeza y deslizarla por mi rostro, como hizo usted ahora.

Padre – Tu abuelo, háblame de él.

Blanca – Oh, era un buen hombre. Me llevaba a chupar cajús al campo, después hacía un enorme collar con las castañas, me lo colgaba al cuello y decía: “Blanca, eres más rica que la reina de Sabá” (Ríe). Yo no sabía quien era esa reina de Sabá, y solo la imaginaba entonces llena de collares de castañas de cajú alrededor del cuello.

Padre – *(La mira con tristeza y preocupación)* ¿Qué más?

Blanca – No me acuerdo de muchas cosas más. Tenía yo seis años cuando murió.

Padre - ¿Te acuerdas de ese día?

Blanca – No me gusta acordarme. Fue mi primer encuentro con la muerte. Cada vez que me acuerdo, siento la misma cosa...

Padre - ¿Qué?

Blanca – Un fuerte olor de aceitunas y un frío encima del estómago. Pero nunca voy a poder olvidar... era un viejo lleno de manías. Pidió que pusieran una moneda en su boca, cuando muriese.

Padre - ¿Y cumplieron su voluntad?

Blanca – Sí, mi padre me dio una moneda de bronce y yo la coloque sobre sus labios.

Padre – *(Murmura)* ¡Virgen Santísima!

Blanca – *(Se estremece y tiembla)* ¿Hice mal?

El Padre Bernardo, erecto, cabeza erguida, lleva las manos en garras a su rostro, las arrastra por el cuello, hasta el pecho, como si desgarrase su propia carne, en un gesto de suprema angustia.

Padre – Blanca, el visitador de la Santa Inquisición acaba de decretar un período de gracia. Durante quince días, los pecadores que espontáneamente confiesen sus faltas y convenzan al inquisidor de la sinceridad de su arrepentimiento, recibirán penitencias leves.

Blanca - ¿Por qué me está diciendo eso?

Padre – Para que medites y aproveches la misericordia del Tribunal del Santo Oficio.

La luz cambia. El Padre sale. El Visitador aparece en un plano más elevado, desarrolla un edicto y lee. Blanca, Simón y Augusto, en planos inferiores, escuchan atentamente. También El Notario y dos guardias.

Visitador – *(Leyendo)* “Por merced de Dios y por delegación del inquisidor – mayor de estos reinos y señoríos de Portugal, yo visitador del Santo Oficio, a todos hago saber que, en un plazo de quince días, deben los culpables de herejía o que sepan que otros lo son, venir a declarar la verdad. Los que así procediesen quedarán isentos de las penas de muerte, prisión perpetua, destierro y confisco. Y para que las susodichas cosas vengan a la noticia de todos y de ellas no se pueda alegar ignorancia, mando pasar la presente carta par ser leída y publicada en este lugar y en todas las iglesias de esta ciudad y en una legua a la redonda. Dada en la ciudad de Paraíba, en el dieciocho del mes de julio, del año del nacimiento de Nuestro Señor Jesús Cristo de 1750”.

La luz cambia. Sale Augusto. El Visitador baja al plano inferior. Es un obispo. El Notario va a reunirse con él. Los dos recorrer toda la escena con los ojos escrutadores, detalladamente, como si estuviesen haciendo una visitoría. Simón y Blanca asisten, un tanto intimidados.

Visitador – Disculpen, es una tarea bastante desagradable, pero estamos obligados a cumplirla.

Notario – Es nuestro deber.

Simón – *(Más intimidado que Blanca)*. Cumplan con su deber... Entendemos perfectamente.

Blanca – Quién todavía no entiende, soy yo. Por fin, ¿qué es lo que los señores buscan? Somos católicos, nada tenemos en nuestra casa que pueda ofender a Dios o a la Santa Madre Iglesia.

Visitador – *(Enigmático)* Recibimos una denuncia. Tenemos que investigar.

Simón - ¿Denuncia contra nosotros? Qué absurdo.

Blanca - ¿Quién nos denunció?

Visitador – El Tribunal del Santo Oficio no permite revelar el nombre de los denunciantes.

Simón – Debe haber habido un equívoco.

Visitador – La única manera de saber si hay equívoco o si hay fundamento, es investigando.

Simón – Sí, eso parece lógico...

El Notario sale con los guardias.

Blanca – No me parece. ¿Es lógico que se busque entre cristianos a los enemigos del cristianismo?

Visitador – Hubo una denuncia.

Blanca - ¿De qué nos acusan?

Visitador – De algo.

El Notario y los guardias entran con una enorme tinaja.

Notario - ¡Señor visitador!

Visitador - ¿Qué es eso?

Notario - Una tinaja.

Blanca - ¿Es pecado tener en casa una tinaja?

Notario - La tinaja contiene un líquido.

Simón - ¡Es agua!

Notario - Ya veo que es agua... Pero el color del agua...

El Visitador examina detenidamente el agua, moja las puntas de los dedos.

Notario - Vuestra Reverentísima se arriesga...!Nadie sabe lo que hay en esa agua!

Visitador - (*Enjuaga la mano*) Si, el color indica que el agua tenía algún preparado...

Notario - ¡Algún polvo mágico para invocar al Diablo!

Simón - Vuestras Excelencias me perdonen, pero el único polvo que hay allí es el de los caminos, de veinte leguas a lomo de burro.

Visitador - ¿Cómo?

Simón - Acabé de tomar baño en esa tinaja...

Visitador - Acabó de tomar baño... ¿Hoy día viernes?

Simón - Llegué de viaje, sucio de polvo...

Visitador - También se cambió de ropa?

Simón - También; la otra estaba inmundada.

Visitador – Hoy día viernes.

Notario – Hoy día viernes.

Visitador – *(Al Notario)* Llévese esta tinaja.

El Notario y los guardias salen con la tinaja.

Simón - ¡Fue una coincidencia!

Visitador – Qué raro.

Simón – Llegué todo sudado, sucio de polvo...

Blanca - ¿Hay alguna ley que prohíba a alguien de tomar baño?

Notario entra con un candil.

Visitador - ¿Cambiaron la mecha?

Notario – No, parece que no la cambiaron.

Visitador – *(Examina la mecha del candil)* Tampoco la encendieron.
¿Qué horas son?

Notario – Casi las seis.

Visitador – *(A Simón)* Esto será anotado a vuestro favor. Viernes, casi las seis de la tarde. Candil apagado. Mecha vieja.

Notario sale con el candil.

Blanca – Si quieren, podemos ponerle una mecha nueva...

Simón – *(Apresuradamente)* ¡No, no! Nunca cambiamos la mecha del candil los viernes. Vuestra Reverendísima lo vio, la mecha está vieja, malograda, hace ya un mes que no la cambiamos. Tampoco ayunamos los sábados, ni trabajamos los domingos. Somos conocidos en toda esta

región y todos pueden decir quienes somos. Todo no debe pasar de un malentendido, o maldad de alguien que quiere perjudicarnos.

Visitador – Sí así fuese, nada deben temer. La visitación del Santo Oficio les asegura misericordia y justicia. No deseamos servir a venganzas mezquinas, pero debemos ser rigurosos con los enemigos de la fe cristiana. Tenemos que destruirlos, pues de lo contrario ellos nos destruirán.

Notario – *(Entra con una pila de libros. Como si hubiese encontrado una bomba).* ¡Libros!

Blanca - ¡Mis libros! ¡Son míos! ¿Qué van a hacer con ellos?

Visitador - ¿Sabe leer?

Blanca – Sí.

Visitador - ¿Por qué?

Blanca – Aprendí.

Visitador - ¿Para qué?

Blanca – Para poder leer.

Visitador – Mal.

Blanca – No son libros de religión, son novelas, poesías...

Notario - ¡Amadís de Gaula! *(Pasa el libro al Visitador).*

Visitador - ¡Amadís!

Blanca – Novelas de caballería. Me emocionan mucho.

Notario – Las Metamorfosis. *(Pasa el libro al Visitador).*

Visitador – Ovidio. Mitología. Paganismo.

Notario – Eufrósina. (*Repite la acción*).

Visitador - ¡También!

Notario – Y una biblia - ¡en portugués!

Visitador - ¡En portugués!

Blanca – Fue mi novio quien me la trajo de Lisboa. Vean que hay una dedicatoria de él para mí.

Visitador – Ya veo...

Blanca – Me alegró mucho pues, como no sé leer latín, pude leer la biblia por entero y ya lo hice varias veces.

Visitador – (*Entrega los libros al Notario*) Todos esos libros son reprobados por la Iglesia; vamos a llevarlos.

Biblia - ¡¿También la biblia?!

Notario - ¡En lenguaje vernáculo!

Blanca - ¡Pero es la biblia!

Visitador – En lenguaje vernáculo.

Salen el Visitador, el Notario y los guardias. Hay una larga pausa, como si hubiesen cavado un enorme precipicio delante de Blanca y Simón, que se miran perplejos.

Blanca - ¿Por qué?

Simón - ¿Cómo?

Blanca - ¿Quién?

Simón - ¡En lenguaje vernáculo! *(Después de una pausa, se vuelve contra ella)* Ya te decía yo... yo siempre me opuse... Esos libros-¿para qué? Una joven aprender a leer-¿para qué? ¿Qué ganamos con eso? Ahora estamos marcados. *(Sale)*.

Cambia la luz. El Padre Bernardo surge en el plano superior.

Blanca - ¡Fue usted!

Padre - No, Blanca, no fui yo. Dios me ahorró ese penoso deber.

Blanca - ¿Quién fue, entonces?

Padre - El Tribunal no revela el nombre de los denunciantes.

Blanca - ¿El Tribunal?...

Padre - Ahora vas a tener que comparecer ante él. Sería mejor si hubiese ido espontáneamente, aprovechando los días de gracia.

Blanca - ¡¿Pero por qué debería haber ido? ¿Qué hice?!

Padre - Tal vez ellos te digan.

Blanca - ¡¿Quiénes ellos? ¡

Padre - Tus inquisidores. Pobre de ti, que tendrás que comparecer ante ellos, sin reconocer tus propios errores; pobre de mí, que estaré entre ellos y tendré que juzgarte.

Blanca - Pero no... yo no iré... no iré... *(Corre hacia la derecha, pero allí aparece un guardia que le impide la fuga; corre hacia la izquierda y aparece otro guardia, que le obliga a retroceder)*.

Padre - Es inútil, Blanca. Perdiste tu libertad, por el mal uso que hiciste de ella. Será mejor para ti si no tratas de huir y te entregas a la misericordia de tus jueces. Ellos harán todo por salvarte.

Blanca – *(Se encoge, al centro del escenario, pequeñita, vencida, perpleja). ¡Dios Mío! ¡No lo entiendo!... ¡No lo entiendo!...*

Una enorme reja, tomando toda la boca del escenario, baja lentamente. Las luces se apagan en resistencia.

Segundo Acto

Blanca – *(Echada de bruces, detrás de la reja. Su actitud revela abandono y perplejidad. Hay un largo silencio, antes de que ella empiece a hablar).* Si al menos pudiese ver el sol... *(Pausa).* ¿Será esta la mejor manera de salvar a una criatura que está en la mira del Diablo? ¿Retirarle el sol, el aire, el espacio y rodearla de tinieblas, tinieblas donde el Diablo es rey? *(Se dirige a la platea)* ¿Ven ustedes lo que están haciendo conmigo? Están acorralándome entre el Can y la pared. ¿Será para eso que me encerraron aquí y me quitaron el sol, el aire y el espacio? Para que no pudiese huir y tuviese que enfrentar al Diablo cara a cara. Es justo, señores, que para librarme de él me entreguen a él, noche tras noche a solas con él, sin saber por qué ni hasta cuándo, sin una explicación, sin una palabra, una palabra al menos. No sé... no sé lo que pretenden. Ya no entiendo ni lo que hablan. Debe haber habido una equivocación. Yo no soy la persona... ¡Hay alguien en peligro que necesita ser salvado, pero no soy yo! ¡Es necesario que ellos lo sepan! ¡Hubo una equivocación! *(Grita)* ¡Señores! ¡Guardias! ¡Señores padres! ¡Vengan aquí! ¡Hubo un equívoco! ¡No soy yo la persona!

Guardia – *(Entra)* ¿Qué desorden es ese? Estamos en un convento.

Blanca - ¡Hubo un equívoco! ¡No soy yo la persona!

Guardia - ¿Qué persona?

Blanca – La que buscan.

Guardia - ¿Buscan a alguien?

Blanca – Claro.

Guardia - ¿Por qué?

Blanca – Tanto que me prendieron.

Guardia - ¿Y por qué la prendieron?

Blanca – No sé.

Guardia – Debería saber. Eso empeora su situación.

Blanca - ¿Empeora? ¿Sabe usted por qué estoy aquí?

Guardia – No.

Blanca - ¡Entonces es una prueba! ¡Es usted quien debería saber!

Guardia - ¿Por qué debería yo saber?

Blanca – Porque es guardia.

Guardia – No diga tonterías. Los denunciantes denuncian, los jueces juzgan, los guardias detienen, nada más. El mundo está hecho así. Y deber ser así, para que haya orden.

Blanca - ¿Y los inocentes?

Guardia – Deben probar su inocencia, como prescribe la ley.

Blanca – Pero no está correcto.

Guardia – Si no está correcto, no es mi culpa. Soy guardia. Y no fueron los guardias quienes hicieron el mundo. (Sale).

Blanca - Está mal... Cada persona conoce apenas una parte de la verdad. Juntando a todas las personas, tendríamos la verdad entera. Y la verdad entera es Dios. Por eso las personas no se entienden, por eso ahí tantos equívocos.

Padre – (Entra) Desafortunadamente, no hay ningún equívoco de parte nuestra, Blanca. Y eres tú misma quien está en peligro. Pero podrás salvarte.

Blanca - ¿Cómo? Si me dejan aquí, sola, abandonada... ¡Usted mismo, padre, usted me abandonó!

Padre – *(Siente profundamente la acusación)* ¡No digas eso! He rezado mucho... Y no me he alejado de aquí, de las proximidades de tu celda. Por las noches, he pasado horas y horas caminando por el corredor, hasta sentirme exhausto y poder dormir.

Blanca - ¿Por qué necesita hacer eso? ¿Por qué necesita martirizarse de ese modo?

Padre – *(Exterioriza su conflicto interior)* Soy tan responsable como tú por tus errores.

Blanca – Oh, no, usted no tiene la culpa de nada. Si pequé, debo pagar sola por mis pecados.

Padre – Ahora es imposible. Todo lo que te suceda, me sucederá también. Tu castigo será mi castigo, aunque tu salvación no implique mi salvación.

Blanca – No entiendo. ¿Si usted no puede ayudarme, quién podrá? ¿A quién debo apelar, además de Dios? ¿A mi padre? ¿A mi novio?

Padre – Ellos tampoco pueden hacer nada por tí, ambos fueron encarcelados.

Blanca - ¿Presos? ¿Por qué?

Padre – El visitador del Santo Oficio promulgó un período de gracia. Quienes no aprovecharon de este gesto misericordioso no solo para confesarse, sino también para denunciar las herejías de las que tuvieran conocimiento, deberán comparecer ante el Tribunal.

Blanca – Pero ellos...

Padre – Además de ser culpados de pequeñas herejías, son también testigos importantes de tu proceso.

Blanca - ¿Testigos de qué?

Padre – Debían saber que tú estabas siendo tentada por el Diablo.

Blanca - ¡No, ellos no lo sabían! ¡Ni yo misma lo sabía!

Padre – Deberían haberte denunciado al Santo Oficio.

Blanca - ¿Denunciado? ¿Mi padre? ¿Mi novio?

Padre – Los lazos familiares o sentimentales no pueden ser colocados por encima de los deberes que asumimos con la religión, en el momento del bautismo. Por mucho que eso nos cueste a veces.

Blanca – Presos... Mi padre y también Augusto. ¡Entonces estoy sola!

Padre – No, Blanca, no estás sola, porque estás entregada a la misericordia de la Iglesia.

Blanca - ¿Qué va a hacer la Iglesia conmigo?

Padre – Inicialmente, protegerte; después, tratar de recuperarte; y finalmente, juzgarte.

Blanca - ¿Cuándo será eso? ¿Ya que tengo que ir, por qué no vienen a buscarme?

Padre – Vine a buscarte.

Blanca - ¿Usted? *(Delante de la perspectiva, tiembla un poco)* ¿Ahora?

Padre – Es necesario que entiendas... Soy un simple soldado de la Compañía de Jesús. Estoy sometido a una disciplina y debo cumplir órdenes. Muchas veces, del lado del enemigo hay un hermano nuestro; pero de nuestro lado está Cristo, que es nuestro capitán. Debemos obedecerle, porque El tiene el comando supremo.

Blanca – Comprendo.

Padre - ¿Podemos ir?

Blanca – Sí.

Padre - ¿No quieres prepararte espiritualmente?

Blanca - Estoy preparada.

Padre - Reza un acto de esperanza. Repite conmigo: yo espero, mi Dios, con firme confianza...

Blanca - *(Manos entrelazadas sobre el pecho)* Espero, mi Dios, con firme confianza...

Padre - ... que por los merecimientos de mi Señor Jesús Cristo...

Blanca - ... que por los merecimientos de mi Señor Jesús Cristo...

Sube la reja.

Padre - *(Comienzan a moverse, como a camino del Tribunal)* ... me dáreis la salvación eterna...

Blanca - ... me dáreis la salvación eterna...

Padre - ... Y las gracias necesarias para conseguirla...

Blanca - Y las gracias necesarias para conseguirla...

Padre - ... porque Vos, sumamente bueno y poderoso...

Blanca - ... porque Vos, sumamente bueno y poderoso...

Padre - ... lo habéis prometido a quién observe fielmente vuestros mandamientos...

Blanca - ... lo habéis prometido a quién observe fielmente vuestros mandamientos.

Padre - ... como yo me propongo hacerlo con vuestro auxilio...

Blanca - ... como yo me propongo hacerlo con vuestro auxilio.

La luz cambia. Surge el Visitador en el plano superior. El Padre y Blanca quedan en el plano inferior. Entran también el Notario y cuatro sacerdotes, que se colocan en las laterales, mientras el Guardia surge y permanece al fondo.

Visitador – Arrodílese.

Blanca - ¿Arrodillarme delante de vosotros? ¿Con ambas rodillas?

Visitador – Sí, con ambas rodillas.

Blanca – Perdón, pero no puedo hacer eso.

Visitador - ¿Por qué no?

Blanca – Porque nadie debe arrodillarse delante de una criatura humana.

Notario - ¡Como se le ocurre! ¿Perdió la cabeza? ¿No ve que está delante del visitador del Santo Oficio, representante del inquisidor mayor?

Padre - Un momento, señores. Ella tal vez tenga motivos que debemos considerar. *(Se dirige a Blanca con suavidad)* ¿Por qué dices eso?

Blanca – Fue lo que aprendí en la doctrina cristiana: solamente delante de Dios debemos arrodillarnos con las dos rodillas.

Padre – En verdad, ella tiene razón. De los tres cultos – la latria, la hiperdulia y la dulia – debe darse solamente a Dios el culto de la latria, lo cual implica arrodillarse con las dos rodillas.

Blanca - ¡Siempre supe que era pecado!

Visitador – Aquí se trata de una costumbre del Tribunal. El reo debe estar de rodillas cuando es examinado acerca de la doctrina y también cuando es leída la sentencia.

Blanca – Pero si fue en esa misma doctrina que aprendí que no debo arrodillarme.

Visitador – *(Se impacienta)* Bueno, vamos a abrir una excepción. Puede quedarse de pié.

Notario – *(Le presenta los Evangelios)* ¿Jura sobre los Evangelios decir toda la verdad?

Blanca – *(Duda)* ¿Toda la verdad? ¿Cómo puedo prometer decir toda la verdad, si ni siquiera sé acerca de qué van a interrogarme? No tengo la sabiduría de los padres jesuitas, soy una pobre criatura ignorante.

Notario – *(Tiene un gesto de contrariedad)* Pero tiene que jurar. Es la regla.

Blanca - ¿Jurar lo que no sé si voy a poder cumplir?

Notario – Si no jura, no tiene valor su testimonio.

Padre – Blanca, solo se te exige que digas la verdad de lo que conozcas.

Blanca – Bueno, si es así... *(Coloca la mano sobre el libro)*.

Notario - ¿Jura?

Blanca – Juro.

Visitador – No se justifica, Blanca, su prevención contra este Tribunal. Ninguno de nosotros desea su condenación, créame. Por el contrario, lo que queremos es intentar salvarla, recuperarla para la Iglesia. Haremos todo por eso. Y será siempre en este sentido que orientaremos este inquérito, en el sentido de la misericordia.

Blanca – Misericordia. ¿Pero es acaso un acto de misericordia dejar a una persona días y días encerrada en una celda sin luz ni aire, sin al menos decirle por qué, de qué la están acusando?

El Notario tiene un gesto de contrariedad, mientras el Padre Bernardo observa las reacciones de Blanca con creciente angustia.

Visitador - ¿Conoce usted las obras de misericordia?

Blanca - Las conozco.

Visitador - Recítelas en voz alta.

Blanca - Dar de comer a quien tiene hambre; dar de beber a quien tiene sed; vestir a los desnudos; dar posada a los peregrinos; visitar a los enfermos y a los encarcelados; rescatar a los cautivos; consolar a los afligidos; perdonar las injurias; sufrir con paciencia las debilidades del prójimo; rogar a Dios por los vivos y difuntos.

Visitador - Se saltó usted una: castigar a los que yerran.

Blanca - Es verdad. Discúlpame.

Visitador - Sí, Blanca, castigar a los que yerran es una obra de misericordia.

Blanca - Y comienzan luego a castigarme; esto quiere decir que ya me consideran culpada antes de escucharme.

Padre - Aún no sufriste ningún castigo, Blanca; la prisión es una medida exigida por el proceso.

Notario - Esa medida fue tomada en base a las denuncias y pruebas que tenemos contra ella.

Blanca - ¿Denuncias y pruebas? ¿De qué?

Visitador - De herejía y práctica de actos contra la moralidad.

Blanca - *(Se muestra perturbada con la acusación)* Herejía... Actos contra la moral... Tal vez esas palabras tengan otro significado para vuestras mercedes. Por lo que yo entiendo que quieren decir, no puedo, de manera alguna, aceptar la acusación.

El Notario tiene un gesto de reprobación.

Padre – Blanca, piensa bien en lo que estás haciendo, mide con cuidado tus palabras y actitudes. Como dijo el señor obispo, estamos aquí para tratar de reconciliarte con la fe. Pero eso depende mucho de ti.

Blanca - ¿Pero que quieren? ¿Qué yo me considere una hereje sin serlo?

Padre – De nada te servirá negarte a reconocer tus propios pecados. Esa actitud solo hará que te pierdas.

Notario – Parece que es eso lo que ella está buscando.

Visitador – Un momento, señores. Seamos pacientes. Creo que ella no estaba lo suficientemente preparada para este inquérito. ¿El Padre Bernardo no la visitó en la cárcel durante estos días?

Padre – *(Siente que la sangre le sube a la cara)* No... la visité hoy.

Visitador - ¿Solamente hoy?

Padre – No lo juzgué necesario.

Visitador – Necesario o no, es la manera de proceder del Santo Oficio.

El Padre siente profundamente la amonestación. Y, al percibir que Blanca lo está observando, baja el rostro avergonzado.

Visitador – Blanca, estamos aquí para ayudarla. Pero es necesario que usted también nos ayude, a nosotros que tenemos por oficio defender la fe.

Blanca – No creo, señor, que esté por el momento en condiciones de ayudar a quien quiera que sea, pero en lo que dependa de mí...

Visitador – La Iglesia, Blanca, su Iglesia, está frente a un peligro creciente y amenazador. Toda la sociedad humana, el orden civil y

religioso, construido con inmensos esfuerzos, toda la civilización y la cultura del Occidente, están amenazados de disolución.

Blanca - ¡¿Y soy yo, señor, soy yo la causa de tanta desgracia? !

Visitador – No es usted aisladamente; son miles que, como usted, conciente o inconcientemente, propagan doctrinas revolucionarias y prácticas subversivas. Ahí está el protestantismo, minando las bases de la religión de Cristo. Ahí están los cristianos nuevos, judíos falsamente convertidos, pero secretamente siguiendo los cultos y la ley de Moisés.

Blanca – Si alguien se convirtió, sin estar en verdad convicto, es que fue obligado a aquello a la fuerza. (*Repite las palabras de su padre*) El odio no convierte a nadie.

Padre – (*Ahora se dirige con más rigor hacia ella*) Es una acusación injusta y falsa. Nunca empleamos la fuerza para convertir a nadie.

Blanca – Mi abuelo fue convertido a la fuerza.

Padre – Eso no dispensa de culpa a nadie. Si el odio no convierte, tampoco absuelven el miedo, la cobardía o la hipocresía.

Visitador – Es verdad, Blanca. No debemos usar la fuerza para convertir, pero debemos ser rigurosos con los convertidos. Quien asumió, en el bautismo, el compromiso de conservar la fe, de ser miembro de la Iglesia y de la cristiandad hasta la muerte, contrajo obligaciones inalienables. Y las autoridades eclesiásticas tienen el derecho y el deber de exigir el cumplimiento de esas obligaciones.

Blanca – Estoy de acuerdo.

Notario – (*Con aire burlón*) ¡Vaya, viva! ¡Por fin está de acuerdo en algo!

Visitador – Me alegro de ver que entendió los motivos de la institución del Tribunal del Santo Oficio y de las visitaciones que el inquisidor – mayor ordeno para el Brasil.

Blanca – Esto lo entiendo; lo que no entendí es por qué estoy yo aquí. No fui convertida, nací cristiana y como cristiana he vivido hasta hoy. Cristianos de nacimiento son también mi padre y mi novio, que están también presos, apartados de mí. En verdad, señores, no entiendo nada.

El Visitador hace una señal al Padre Bernardo, cediéndole la palabra.

Padre – *(Se trata de una ingrata tarea para él. Su auto-recelo lo lleva, a veces, durante el interrogatorio, a excederse en el rigor y en el tono de la acusación para caer, en seguida, en una ternura y en un calor humano que lo redimen y lo traicionan).* Blanca, hay un gesto que tu abuelo acostumbraba hacer contigo cuando eras niña. Tú me contaste, ¿te acuerdas?

Blanca – Me acuerdo.

Padre - ¿Puedes repetir aquí ese gesto?

Blanca – Sí, pero... Tendría que hacerlo en alguien. ¿Puede ser en usted?

Padre – *(Un poco constringido, accede)* Puedes.

Blanca hace la bendición judaica. El Visitador y el Notario intercambian miradas significativas.

Blanca – Era así. ¿Pero qué tiene eso?

Padre – También me contaste que no te gustaba acordarte del día de la muerte de tu abuelo. Y toda vez que lo hacías tenías la impresión de sentir ese mismo olor marcante y peculiar. ¿Quieres repetir que olor era ese?

Blanca – Olor de aceitunas.

Nuevamente el Visitador y el Notario intercambian miradas significativas.

Padre – Aquel día, tu padre te dio una moneda de bronce y te ordenó que la pusieras sobre los labios de tu abuelo.

Blanca – El mismo lo había pedido antes de morir.

Padre – *(Más severo)* Y tú hiciste lo que tu padre te mandó.

El Visitador y el Notario dejan escapar un “ ¡Oh!” de horror. Los sacerdotes también se escandalizan.

Blanca – *(Atónita, sin entender el significado y mucho menos la gravedad de todo aquello).* Yo era una niña... haría todo lo que me mandasen... ¡ahora mismo lo haría si alguien me lo pidiese!

Notario – *(Horrorizado)* ¡¿ahora mismo?!

Padre – *(Temiendo por ella)* ¡Blanca!

Blanca - ¡Me parece una idiotez que alguien quiera que le pongan una moneda sobre los labios cuando se muera, pero todo deseo de un moribundo es un deseo sagrado!

Visitador – Creo que ella no sabe lo que está diciendo.

Blanca – Lo que no sé es adonde pretenden llegar vuestras mercedes con ese cuento de mi abuelo, monedas de bronce y aceitunas.

Visitador – Ese gesto que hizo hace un instante es la forma que tienen los judíos de bendecir a los niños.

Notario - ¡Cuando alguien muere, se pasan la noche comiendo aceitunas!

Padre – La moneda de bronce que pusiste en la boca de tu abuelo era para que pagara la primera posada, según la creencia judaica.

Visitador – Todo esto quiere decir, Blanca, que tu abuelo, cristiano nuevo, continuaba fiel a los ritos judaicos. Y que los practicaba en su propia casa.

Blanca – Es posible. Si lo bautizaron a la fuerza, era justo...

Notario - ¡¿Era justo?!

Reacción de los sacerdotes.

Visitador - ¡Cuidado con las palabras, Blanca!

Blanca – Una persona debe ser fiel a sí misma, por encima de todo. Fiel a su credo.

Padre - ¿Aquello basta para que alguien se salve?

Blanca – Debería bastar, creo yo...

Padre – *(Triunfante)* ¡Entonces tu abuelo, que continuó íntimamente fiel a su credo, consiguió salvarse! ¡Y todos los judíos y todos los moros, fieles a su religión y a sus dioses, están a salvo!

Blanca - ¡¿Cómo puedo saberlo?!

Padre - ¡Tienes que saberlo! Puesto que el cristiano sabe que solo existe un Dios verdadero y que no puede haber más que uno.

Blanca – Lo sé, creo en eso firmemente. No estaba hablando por mí sino por mi abuelo.

Visitador – Lo que acaba de insinuar, Blanca, es una gran herejía. No se debe repetir.

Blanca – Sí, señor.

Padre – Blanca, ¿tu padre habitualmente se baña los días viernes?

Blanca – Vaya, señores, soy una doncella y no está bien que observe cuáles son los días en que mi padre toma baño o no.

Padre - ¿Y tú? ¿Acostumbras bañarte los días viernes?

Blanca – Acostumbro bañarme todos los días; creo que así debe obrar toda persona aseada.

Padre - ¿También los días viernes?

Blanca - ¿Y por qué no?

Padre - ¿Y tienes por costumbre vestir ropa nueva ese día, o adornarte con joyas?

Blanca – No uso joyas. La única que tengo es este anillo que mi novio me dio el día en que me pidió en casamiento. Y nunca me lo saco del dedo, ni siquiera cuando tomo baño.

Padre - ¿Ni siquiera cuando vas a bañarte al río?

Blanca – Ni siquiera.

Padre - ¿Qué traje usas cuando vas a bañarte al río?

Blanca – El traje común...

Padre – (*Interrumpe*) Pero aquella noche no estabas con el traje común. Estabas desnuda.

Notario - ¡ ¿Desnuda? !

Reacción de los sacerdotes.

Blanca – Ya se lo expliqué, Padre, fue una noche nada más y nadie me vio...

Visitador - ¿Qué la llevó a proceder así, Blanca?

Blanca – El calor...

Padre – Tu cuerpo quemaba...

Visitador - ¿No oyó alguna voz?

Blanca - ¡¿Cómo?!

Visitador – Una voz incitándola a desvestirse...

Blanca – No, señor, no escuche voz alguna. En mi casa todos dormían.

Padre – El hecho de no haber escuchado no quiere decir que no estuvieses poseída por el Demonio.

Blanca - ¡Por el Demonio!

Padre - ¡Sí, el Demonio puede no hablar, pero es él quien te empuje hacia el río y te obliga a desvestirte!

Notario – (*Gravemente*) Ha habido casos...

Blanca – Padre, acuérdesse que una vez entré al río para salvarlo. ¿Fue también el Diablo quien me empujó?

Padre – Ya no sé si fue realmente para salvarme...

Blanca - ¡¿Cómo, padre?!

Padre - ¡Aquel día también estabas casi desnuda!

Blanca - ¡¿Yo!

Padre – Y me dijiste que debía haber salvado el cofre, en vez del crucifijo. Eso prueba que era Satanás quien hablaba por ti.

Blanca - ¡No, padre, no!

Padre – (*Llegando al máximo de la exacerbación*) ¡¿Si no estabas poseída por el Demonio, porque te aprovechaste de mi desmayo para besarme en la boca?!

Visitador - ¡Jesús!

Notario - ¡En la boca! ¡Y semidesnuda!

Blanca - ¡Hizo eso para que no se sofocase, para que no muriese!

Padre – (Grita) ¡Cínica! ¡Fue ese el pretexto que Satanás inventó para tu pecado!

Un gran silencio. Blanca se siente perdida y arrasada. El Padre Bernardo, a su vez, cae en una especie de agotamiento, como después de un autoflagelo.

Padre – (Su voz baja hacia un tono de oración) Blanca, estás delante del visitador del Santo Oficio. El tiene autoridad para castigarte. Leve o duramente – eso depende de ti. Aprovecha la misericordia de este Tribunal, misericordia que no encontrarías en un tribunal civil.

Blanca - ¿Aprovechar? ¿Cómo?

Padre – De la única manera posible; declarándote arrepentida de todos los pecados que cometiste. De los pecados mortales y veniales y de los pecados que claman a los cielos.

Visitador – Vea, Blanca, que este es un Tribunal de clemencia divina. Su simple arrepentimiento, de ser sincero, podrá salvarla. ¿Cuál es el tribunal civil que absuelve al criminal por estar este arrepentido?

Padre – (Viéndola indecisa, casi en tono de súplica) Blanca...

Blanca – (Sin mucha firmeza) Sí, estoy arrepentida. ¿Pero tendrá valor mi arrepentimiento, si no estoy convencida de haber cometido esos pecados?

Visitador - ¿Y por no estar convencida de aquello sería capaz de cometerlos nuevamente?

Blanca – Creo que sí.

Padre – *(Tiene un gesto de desánimo).* Sería bueno llamar a Augusto Coutinho.

Visitador – *(Alto, hacia fuera)* ¡Traigan a Augusto Coutinho!

El Guardia sale y vuelve con Augusto. Este está esposado y su aspecto es deplorable. Fue torturado.

Blanca – *(Se precipita hacia él)* ¡Augusto!

Visitador – *(Enérgico)* ¡No, Blanca! Apártese.

Ella obedece, se aparta hacia un rincón, mientras el Guardia trae a Augusto hasta el medio del escenario, lo deja frente a los inquisidores y regresa a su puesto.

Notario – *(Coloca las manos esposadas de Augusto sobre los Evangelios).* ¿Jura sobre los Evangelios decir la verdad?

Augusto – Lo juro.

El Notario regresa a su lugar.

Visitador – Augusto Coutinho, ¿sabe usted que está amenazado de excomunión?

Augusto – Lo sé.

Visitador – Como cristiano, ¿esto no lo atemoriza?

Augusto – Atemoriza más no tener la fibra de los primeros cristianos.

Visitador - ¿Para qué desearía tener la fibra de los primeros cristianos?

Augusto – Para resistir a las torturas.

Visitador – Ordené la tortura por su obstinación en esconder la verdad.

Augusto – Y van a acabar obteniendo de mí la mentira. Esto es lo que me atemoriza, más que la excomuniación.

Visitador – *(Al Guardia)* ¿Durante cuánto tiempo lo torturaron?

Notario – *(Da un paso al frente)* Quince minutos.

Visitador – Acuérdesse que el límite máximo permitido por las normas del proceso es de una hora.

Notario – Paramos porque él se desmayo.

Visitador – *(Severo)* No debían haber llegado a tanto. La finalidad de la tortura es apenas la de obtener la verdad. Tengo recomendaciones muy enérgicas del inquisidor-mayor en el sentido de evitar los excesos.

Notario – Pero la culpa fue de él. El firmó la declaración de rigor, antes del inicio de la tortura. Aquí la tengo. *(Muestra un papel, que lee, después de gruñir algunas palabras)* “... y declaro que si en estos tormentos muriese, quebrase algún miembro, perdiese algún sentido, la culpa será toda mía y no de los señores inquisidores. Firmado: Augusto Coutinho”. Ya ven vuestras mercedes que la culpa es toda de él. *(Vuelve a su puesto)*.

Visitador – Aquello que no fue obtenido por medio de torturas, tal vez el simple sentido común pueda obtener.

Padre – Es mi esperanza. *(A Augusto)* ¿Conoces a esta joven, Augusto?

Augusto – Usted sabe que sí. Es mi novia y sería ya mi esposa si... si todo esto no hubiese sucedido.

Padre – Pues ella aún habrá de ser tu esposa, si nos ayudas a salvarla.

Augusto – Haría todo para eso.

Padre – En tal caso, sálvala. Dí la verdad. Aunque pueda parecer lo contrario, la única manera de ayudarla es hacerla reconocer los propios errores y arrepentirse.

Augusto - ¿Pero que especie de verdad quieren que diga? ¿Qué la vi desnuda, bañándose en el río? ¿Qué la vi invocando a los diablos en la boca de los hormigueros? ¿Entonces para salvarla hace falta lanzar calumnias e infamias contra ella? ¿Y quién me garantiza que no se van a aprovechar de eso justamente para condenarla? No, pueden arrancarme un brazo, una pierna, pero no me arrancarán una palabra que no sea verdadera.

Blanca - (Grita) ¡No, Augusto, no! ¡Si te torturan mucho, puedes decir lo que ellos quieran! ¡No quiero que sufras por causa mía!

Visitador - (Gesto enérgico para que ella se calle) ¡Silencio!

Padre - (Muestra la biblia aprehendida). Y este libro, ¿es también calumnia?

Augusto - Ese libro es una biblia y fui yo quien se la regalé.

Padre - Una biblia en portugués. ¿No sabías que le estabas dando un libro prohibido por la Iglesia?

Augusto - Para mí la biblia es la biblia, en cualquier idioma.

Visitador - Lo que estás afirmando es una grave herejía.

Padre - ¿No te arrepientes de haberla arrastrado a esa herejía?

Augusto - No. No me arrepiento porque así la hice conocer la sabiduría y la belleza de los Evangelios.

Padre - ¿Entonces te rebelas contra una determinación de la Iglesia?

Augusto - No me consta que sea una determinación de la Iglesia, sino de algunos prelados, que no son infalibles.

Padre - Es una determinación del papa.

Visitador - (Incisivo) ¿Niega, por acaso, la autoridad del papa?

Augusto – No, no la niego.

Visitador - ¿Niega la autoridad de la Iglesia?

Augusto – No, no niego.

Visitador - ¿Crees en la justicia y en la misericordia del Tribunal del Santo Oficio?

Augusto – *(Tiene una leve duda)* Creo en la justicia y en la misericordia de Dios.

Visitador – *(Un poco irritado)* ¿Niega que el Santo Oficio sea justo y misericordioso?

Augusto – Afirmo que Dios es justo y misericordioso.

Visitador – *(No puede contener un gesto de irritación).* Creo que debemos terminar aquí esta parte del interrogatorio.

El Padre Bernardo asiente con la cabeza.

Visitador – Pueden llevarlo.

El Guardia avanza para llevar a Augusto.

Blanca – Señores, quería hacer un pedido, confiando en la misericordia del Tribunal.

Visitador – Hágalo.

Blanca – Antes de que nos separen nuevamente, ¿podríamos conversar durante algunos minutos?

Padre – El reglamento no lo permite. Las normas del proceso...

Visitador – *(Interrumpe, conciliador)* No me parece que debamos ser así de rigurosos. No veo inconveniente en que estén juntos por algunos momentos y conversen.

Padre – *(Evidentemente contrariado)* Perdone la interferencia; Vuestra Reverendísima es quien decide.

Visitador – *(Al Guardia)* Puede dejarlos unos instantes. *(Se levanta y sale, seguido del Padre Bernardo, del Notario, del Guardia y de los otros sacerdotes).*

Augusto se sienta en el piso, agotado. Blanca se sienta a su lado.

Blanca – *(Después de algunos segundos de duda, se lanza en brazos de él, que le besa los cabellos)* ¿Mis cabellos aún huelen a alfalfa mojada?

Augusto – *(Aspira)* No.

Blanca - ¿Qué perfume tienen ahora?

Augusto – Ninguno. Parecen una manta. Huelen a tela.

Blanca – *(Muy triste)* Tela... Y te gustaba besarlos y aspirar su perfume.

Augusto – Tal vez sea culpa mía, ya debo estar incapaz de sentir.

Blanca - ¿Qué hicieron contigo?

Augusto – Me echaron sobre un catre de madera, y me amarraron con cuerdas, de las muñecas y de las piernas. Apretaban las cuerdas, poco a poco, parando la circulación y cortando la carne. *(El le muestra los puños, ella los sopla y los besa)* Y hacían preguntas, preguntas, y más preguntas. Las más absurdas. Las más idiotas.

Blanca - ¡Cómo debiste haber sufrido!

Augusto – El dolor físico no es tanto; duele más la degradación. Nos vamos sintiendo cada vez más pequeños, en un mundo cada vez más pequeño.

Blanca – Es verdad, el mundo se cierra cada vez más sobre nosotros. ¿Y por qué? ¿Qué hicimos? ¿Qué es lo que ellos quieren de ti? ¿Qué me acuses?

Augusto – Quieren hacer de mí lo que hicieron con tu padre.

Blanca – Mi padre, ¿qué hicieron de él?

Augusto – Un trapo.

Blanca - ¿Dónde está él?

Augusto – En mi celda.

Blanca - ¿También lo torturaron?

Augusto – No fue necesario. Lo que hicieron conmigo fue suficiente.

Blanca – Y todo eso... es por mi culpa. Ustedes están pagando por mis errores.

Augusto - ¿Cuáles son tus errores, Blanca?

Blanca – (*Angustiada*) No sé... Debo haber cometido algunos, sí. Pero ellos me acusan de tantas cosas. Y parecen tan seguros de mi culpa. Tal vez mi mayor error sea el de no entender. ¿O quién sabe si no quiero entender?

Augusto – A mí no consiguieron y no conseguirán jamás convencer de que tú no eres la criatura más pura que existe. Aunque hayas cometido errores, aunque hayas hecho confusiones, aunque hayas pecado.

Blanca – Dices eso porque me amas. Nosotros no podemos ver nuestras imperfecciones, porque estamos uno dentro del otro. Pero ellos, que nos ven desde afuera y desde arriba. Ellos saben que yo no soy así. Y es egoísmo de mi parte permitir que tú y papá sufran lo que están sufriendo, cuando bastaría concordar con todo, reconocer todos los

pecados, incluso aquellos que escapan a mi entendimiento, y cumplir la pena que me sea impuesta.

Augusto – No, Blanca, no.

Blanca – *(Está de pié, muy excitada)* Es lo que ya debería haber hecho. Firmo en blanco que reconozco todas las culpas de que me acusan o vayan a acusarme y listo. ¡Así, tal vez les devuelvan a ustedes la libertad y a mí la luz del sol! *(Sube al plano superior y grita)* ¡Guardia! ¡Guardia!

Augusto - ¡Blanca, por Dios, no hagas eso! ¿Para que habré entonces resistido a todas las torturas? ¿Para qué?

Blanca - ¡Pero yo no quiero que tú sufras!

Augusto - ¡Pero alguien tiene que sufrir!

Blanca – No por mi causa.

Augusto – Por una causa cualquiera, grande o pequeña, alguien tiene que sufrir. Porque no puede abdicarse de todo. Hay un mínimo de dignidad que el hombre no puede negociar, ni siquiera a cambio de la libertad. Ni siquiera a cambio del sol.

Blanca – Ni siquiera a cambio del sol.

Notario – El tiempo ya se acabó. Era solo un instante.

Blanca – *(Toma las manos de Augusto y las besa. Hay en este gesto gratitud, amor y admiración)* ¿Irá esto a durar eternamente?

Notario – No fui yo quien lo puso en el potro.

Blanca - ¿Petro?

Notario – En el catre de madera. Solo lo llevé hasta allí y me quede mirando. Estoy obligado a hacerlo. *(Sale con Augusto)*.

Blanca – Todos están obligados. Obligados a denunciar, a arrestar, a torturar, a castigar, a matar. ¿Pero obligados por quién?

La luz cambia.

Padre – (Entra) Eres tú, Blanca, quien nos obliga a proceder así.

Blanca - ¿Yo?

Padre – La tentación está en ti, el pecado que está en ti, la obstinación demoníaca que está en ti.

Blanca - ¿Qué será entonces de mi, Padre, si soy portadora de tanto veneno?

Padre – Es nuestro deber exterminar todas las plantas venenosas de la viña del Señor, hasta las últimas raíces.

Blanca - ¡¿Exterminar?!;

Padre – Es un penoso deber que nos fue impuesto. No podemos huir de él. Bajo pena de perder toda la viña.

Blanca - ¿Cómo? ¿Encima temen vuestras mercedes que contamine yo a otras personas?

Padre – Ya contaminaste a otras personas.

Blanca - ¿Yo, Padre? ¿Quién? ¿Augusto?

Padre – Y continuarás contaminando a muchas otras, porque basta aproximarse de ti para caer en el pecado.

Blanca – Padre, muchas personas se aproximan de mi sin que tenga yo sobre ellas la menor influencia. Usted mismo ya fue varias veces a mi casa, se hizo mi confesor y mi amigo...

Padre - ¡Sólo yo sé cuánto me costó aquello!

Blanca – *(Sorprendida)* ¡Padre!

Padre – *(Se arrepiente)* No debemos tocar ese asunto.

Blanca - ¿Qué asunto, Padre? ¿Le hice yo algún mal? Es necesario que me lo diga, pues así tal vez comprenda yo alguna cosa.

Padre – Mira... *(Le muestra los labios descarnados)*

Blanca - ¿Qué le pasó? Sus labios descarnados...

Padre – Los quemé con agua hirviendo. Los labios, la lengua, el paladar, para destruir el sentido del gusto.

Blanca - ¡¿Y por qué hizo eso?!

Padre – Para eliminar el sabor impuro de tus labios. Pero el sabor persiste. Persiste. *(Cae de rodillas, con el rostro entre las manos)*.

Blanca – Yo... Lo siento mucho. Creo en verdad que no debí haber hecho lo que hice.

Padre – *(Con el rostro aún entre las manos, doblado sobre sí mismo)* Llego a tener alucinaciones.

Blanca – Si hubiese sabido que iba a hacerle tanto mal...

Padre – Antes de que aparecieras, vivía en paz con Jesús.

Blanca – Yo también, antes de conocerlo, vivía en la más absoluta paz con Dios.

Padre – Es posible que esté siendo sometido a una prueba. Y es parte de esa prueba tener que juzgarte y castigarte.

Blanca – Ahora ya no sé más nada. Vuestras mercedes lanzaron la duda y la confusión en mi espíritu y ya no tengo el coraje de pedirle a Dios que me aclare las cosas. Cada gesto mío, incluso el más ingenuo, parece cargado de maldad y destrucción.

Padre – Si es una puesta a prueba, que sea muy rigurosa, para así demostrar mi fidelidad y amor al Cristo. Que todos los suplicios me sean impuestos, a mi alma y a mi carne.

Blanca – Y lo peor es que ya no cuento con nadie más. *(Siente por la primera vez, en toda su terrible realidad, que está sola y perdida. Y que nada modificará su destino).*

Padre – *(Manos juntas y curvado sobre sí mismo con los labios casi tocando el piso, reza un acto de arrepentimiento)* Mi señor Jesús Cristo, Dios y hombre verdadero, Creador y Redentor mío, por ser vos que sois sumamente bueno y digno de ser amado por sobre todas las cosas; y porque vos amo y estimo, pésame, Señor, de todo mi corazón, de haber a Vos ofendido; pésame también por perdido el cielo y merecido el infierno; y me propongo firmemente, ayudado por los auxilios de vuestra divina gracia enmendarme y nunca más volver a ofender a Vos. Espero alcanzar el perdón de mis culpas por vuestra infinita misericordia. Amén. *(Se siente más aliviado, se levanta y por la primera vez, en esta escena, posa los ojos sobre Blanca. Una mirada ya tranquila y de inmensa piedad)* Me mandaron visitarte por la última vez.

Blanca - ¿Por la última vez?

Padre – Sí, para ofrecerte la última oportunidad de arrepentimiento y perdón.

Blanca - ¿Y si me rehúso?

Padre – Sólo nos restará entregarte a la justicia civil.

Blanca - ¿Qué es eso?

Padre – Eso quiere decir que serás entregada a la justicia secular, que te juzgará por crimen común. Y con seguridad te condenará.

Blanca - ¿A prisión?

Padre – No, el brazo secular es siempre más severo.

Blanca – *(Se apavora)* ¡¿A la hoguera?!

Padre – Es bueno que sepas el peligro que corres.

Blanca – *(Cae en pánico)* ¡No! ¡No pueden hacer eso conmigo! ¡No lo merezco! ¡Es una maldad! Y es usted que prometió hacer todo para salvarme.

Padre – Ya nada más puedo hacer por ti, Blanca. Y desde el comienzo tu destino dependió siempre de ti misma. Tendrás que escoger.

Blanca - ¡Pero qué puedo escoger? ¡Claro que no quiero ser quemada viva!

Padre - ¡Estás dispuesta a arrepentirte?

Blanca – Estoy dispuesta a todo. Me entrego a sus manos y a las manos del Santo Oficio.

Padre - ¡Te entregas sinceramente arrepentida, Blanca?

Blanca - ¡Qué importa eso? Vuestras mercedes vencieron. Vaya, dígale al Visitador que reconozco mis pecados y que estoy dispuesta a arrepentirme y cumplir la penitencia que me sea impuesta.

Padre - ¡No estás siendo llevada solamente por tu desesperación y por el miedo?

Blanca - ¡Y desde el principio no fue así la desesperación y el miedo que trataron de llevarme?

Padre – No, Blanca. Tratamos de llevarte hacia un reencuentro con la verdadera fe cristiana. No usamos la fuerza contra ti; tratamos de convencerte a través de la persuasión.

Blanca - ¡Sí, una bonita persuasión! ¡Me encierran entre cuatro paredes, sin luz y sin aire, y me amenazan con la hoguera! Arrestan a mi padre y torturan a mi novio – son bonitos métodos de persuasión.

Padre – Tu arrogancia muestra que el Demonio aún no te abandonó.
(Inicia la salida)

Blanca - ¡Espere! ¡Espere! (Corre hacia él y se arroja a sus pies)
¡Perdóneme! No sé lo que estoy diciendo. La verdad es que necesito de su piedad. Aquí me tiene, Padre, humilde y humillada, sinceramente arrepentida de todo, de todo lo que decidan deba arrepentirme.

Padre – (Posa la mano sobre la cabeza de ella, en un gesto de piedad y amor, después la retira rápidamente). Voy a comunicar tu decisión al Visitador. (Sale).

Blanca permanece extendida en el piso por un rato. La luz cambia. Entra Simón.

Simón - ¡Blanca! (Trae, cosida sobre su ropa, sobre el pecho y la espalda, una gran cruz de tela amarilla).

Blanca - ¡Papá!

Simón – (Corre a abrazarla) ¡Hijita! ¿Ellos te maltrataron?

Blanca – No mucho. Y usted, Papá, ¿está bien?

Simón – Estoy vivo, al menos. Es lo que interesa, ¿No crees?

Blanca – Sí, es lo principal.

Simón – Es una locura pensar que en un momento de estos, se pueda salvar alguna cosa además de la vida. Desde el primer momento comprendí que debía aceptar todo, confesar todo, declararme arrepentido de todo. ¿Vamos a discutir con ellos, luchar contra ellos? Tonterías. Tienen la fuerza, la ley, Dios y la milicia – todo de su parte. ¿Qué podemos hacer nosotros? ¿De qué sirve alegar inocencia, protestar contra una injusticia? Ellos prueban lo que quieren contra nosotros y nosotros no conseguiremos probar nada en nuestra defensa. ¿Valentonadas? Tampoco sirven. Vi lo que sucedió con Augusto.

Blanca - ¿Lo vio ser torturado?

Simón – Sí. Las dos veces.

Blanca - ¿Dos veces? ¿Entonces lo torturaron nuevamente?

Simón – Hizo mal en callarse.

Blanca – Pero si querían que él me denunciase. ¡Que me acusase de cosas terribles y absolutamente falsas!

Simón - ¡Qué importa que sean falsas? ¡Si tú y el confesaran, salvarían el pellejo!

Blanca – Augusto dice que es necesario defender un mínimo de dignidad.

Simón – ¿De qué sirve ahora para nosotros, para sus padres, para ti, para él mismo, esa dignidad?

Blanca - ¿Cómo? *(Ella percibe)* ¿Qué hicieron con Augusto?

Simón – *(Hace una pausa. Le cuesta hablar)* No resistió...

Blanca – *(En un susurro)* ¡Murió! *(Más alto)* ¡Lo mataron! *(Sus rodillas se doblan, repite bajito)* Lo mataron...Lo mataron...

Simón – Yo sabía que no iba a resistir. ¡Lo estaba viendo!... después de todo, todavía lo colgaron del techo con pesos en los pies y lo dejaron ahí... Cuando los guardias volvieron, trataron aún de reanimarlo, pero...

Blanca – *(Su dolor se traduce en un inmenso silencio. De pronto:)* ¿Y usted no podía haber hecho nada?

Simón - ¿Yo?...

Blanca – Sí, ¿por qué no gritó, por qué no llamó a alguien?

Simón – Pensé en bajar la cuerda. Pero...

Blanca - ¿Pero qué?

Simón - Ellos tiene leyes muy severas para aquellos que ayudan a los herejes. Yo ya estaba con mi situación resuelta, iba a ser puesto en libertad...

Blanca - Bastaba un gesto...

Simón - ¿Y lo que me iba a costar ese gesto? Un hombre debe pesar bien sus actitudes, y no obrar al primer impulso. Podría haber tenido el mismo destino que él. ¿Era o no era mucho peor?

Blanca - No sé si sería peor...

Simón - ¿Preferirías que yo también muriese, que tuviésemos todos nuestros bienes confiscados o que fuésemos castigados con una declaración de injuria hasta la tercera generación? Si nada de eso sucedió, fue porque obré con inteligencia y sentido común.

Blanca - ¿Y ahora, como va a conseguir vivir, después de esto?

Simón - No entiendo lo que quieres decir...

Blanca - Augusto murió porque usted no fue capaz de levantar un dedo en su defensa.

Simón - No fue realmente así...

Blanca - Porque no quería comprometerse.

Simón - No fue por eso que se murió.

Blanca - Habría resistido, si la tortura hubiese sido abreviada.

Simón - Sí, pero...

Blanca - Para eso hubiera bastado que bajase usted la cuerda.

Simón - Ya te expliqué.

Blanca – (Grita) ¡Y usted no fue capaz! ¡Usted no fue capaz!

Simón – Hija mía, comprendo tu sufrimiento. Yo también lo siento mucho. Pero no es justo que te vuelvas ahora contra mí. No fui yo quien mató a Augusto. Fueron ellos. Los verdugos, la Inquisición.

Blanca – Usted también lo mató. Y lo que más me horroriza es que usted es un hombre decente.

Simón - ¡Blanca, tú no sabes lo que estás diciendo!

Blanca – Es tan culpable como ellos.

Simón – No, nadie puede ser culpado de un acto con el cual no contribuyo en forma alguna.

Blanca – Usted contribuyó.

Simón - ¡No maté, no ejecuté, no participé de nada!

Blanca – Silenció.

Simón – También por causa tuya. Por nuestra causa. Era un precio que tendríamos que pagar.

Blanca - ¿Precio de qué?

Simón – Es una ilusión imaginar que podríamos salir de aquí, todos, sin que nada nos hubiese sucedido. Alguien tendría que ser afectado más duramente.

Blanca – Y piensa usted que solo él lo fue.

Simón – Digo directamente.

Blanca –Y se imagina que con eso mató la sed de violencia, rescató nuestra cuota.

Simón – En cierto modo, creo que sí. Debo nada más llevar esta cruz sobre la ropa durante un año. Es humillante, pero todavía es una suerte. Si abjuras, puede que te den una pena semejante y estemos libres.

Blanca – Si abjuro... usted quiere que yo también sea cómplice.

Simón - ¿Cómplice de qué?

Blanca – De la muerte de Augusto.

Simón - ¡Absurdo! ¡Tú no tienes nada que ver con eso!

Blanca – Tengo, sí. Todos nosotros tenemos. Quien calla, colabora.

Simón - ¡No tiene sentido lo que estás diciendo! No es posible que no entiendas que estás perdida si no cedes a lo que ellos quieren, si no confiesas y abjuras todo.

Blanca – Hay un mínimo de dignidad que el hombre no puede negociar, ni siquiera a cambio de la libertad. Ni siquiera a cambio del sol.

Simón – *(Mira a su hija horrorizado)* ¡Que Dios se apiade de ti!

El Guardia entra y arrastra a Simón.

La luz cambia. El Visitador, el Notario y el Padre Bernardo entran con los sacerdotes.

Visitador – Blanca, vamos, una vez más, a dar pruebas de nuestra tolerancia. Vamos a permitir que permanezcas de pié, mientras el señor notario lee el acta de abjuración que usted deberá firmar.

El Notario toma posición, desenrolla un papel.

Blanca – Es inútil, señores. No voy a abjurar de nada. Lo que quiero, lo que espero de vuestras mercedes es mi absolución.

Reacción de los sacerdotes.

Visitador – (*Indignado*) ¡¿Cómo?! ¿Ella no iba a abjurar?

Padre – Iba a hacerlo, lo prometió...

Notario - ¡Vaya con eso!

Visitador – Blanca, ¿no se dijo usted dispuesta a abjurar?

Blanca – Lo dije en un momento de debilidad. Pero no puedo reconocer una culpa que sinceramente no juzgo tener. Si soy inocente, si nada pueden probar contra mí, lo que debo suplicar a este Tribunal es que reconozca mi inocencia.

Padre – Por última vez, Blanca...

Visitador – (*Interrumpe*) No se canse, padre, nada conseguirá usted de ella.

Padre – Le suplico, señor Visitador, apelo a su inmensa misericordia, déle una última oportunidad.

Visitador – Ya le dimos todas. Creo que nos engañamos con ella desde el comienzo. Su obstinación y su arrogancia prueban que tiene absoluta conciencia de sus actos. No se trata de una provinciana ingenua y desorientada; tiene instrucción, sabe leer y sus lecturas muestran que su espíritu está minado de ideas exóticas. Se declara inocente porque quiere imponernos su herejía, como todos los de su raza. Como todos los que pretenden debilitar a la religión y a la sociedad por la subversión y por la anarquía.

Blanca - ¡Pero, señores, yo no pretendí nada de eso! Nunca pensé sino en vivir conforme a mi naturaleza a mi entendimiento, amando a Dios a mi manera; ¡nunca quise destruir nada, ni hacerle daño a nadie!

Visitador – (*Le corta la palabra con un gesto*) Su caso ya no es con nosotros, Blanca. El Tribunal eclesiástico termina aquí su tarea. El brazo secular se encargará del resto.

Blanca – (*Recelosa*) ¿Qué resto, señor?

Visitador – El poder civil, a quien cabe defender a la sociedad y al estado, va a juzgarla según las leyes civiles. Lamentamos tener que declararla separada de la Iglesia y librada al brazo secular. Dios y todos vosotros sois testigos de que todo hicimos para que esto no sucediese. Procedimos a un largo y minucioso inquérito, en el que todas las acusaciones fueron examinadas a la luz de la verdad, de la justicia y del derecho canónico. Fueron ofrecidas a la acusada todas las oportunidades de defensa y arrepentimiento. Día a tras día, noche tras noche, estuvimos aquí luchando para arrancar esta pobre alma a las garras del Demonio. Pero desgraciadamente fuimos derrotados. *(Sale, seguido del Notario y de los sacerdotes).*

Blanca – Vuestras mercedes fueron derrotadas... ¿Y yo?

Padre – Tú, Blanca, vas a padecer tu victoria.

Blanca - Lo sé. Y sé también que no soy la primera. Ni seré la última.

Los guardias entran y la amarran de las muñecas y del cuello con cuerdas y cepo, y la arrastran así por una rampa hacia el plano superior, en donde surgen los reflejos rojizos de la hoguera. El Padre Bernardo, en el plano inferior, la ve, angustiado, contorcerse entre las llamas. Se contuerce también, como si lo sintiera en su propia carne. Un clamor unísono, al principio de una o dos voces, a las cuales se van juntando, una por una, las voces de todos los actores, en crescendo, hasta alcanzar el límite máximo, cuando cesa de súbito.

Padre – (Cayendo de rodillas) ¡Finalmente, Señor, finalmente puedo aspirar a vuestro perdón!

Fin